

ALBERTO ROMERO

LA NOVELA
DE UN
PERSEGUIDIDO

ALBERTO ROMERO

LA NOVELA
DE UN
PERSEGUIDIDO

EDITORIAL NASCIMENTO

SANTIAGO

CHILE

1931

Es propiedad del autor
Inscripción núm 2456

N.º 1121

Impreso en los Talleres de
la Editorial Nascimento,
= Ahumada 125 =
Santiago de Chile, 1931

Por la prensa me impongo de que se ha fundado o va a fundarse una Asociación de los Perseguidos por la Dictadura, y como desearía pertenecer a ella, le envío estas líneas a fin de que el señor Presidente juzgue si con los méritos de que hago caudal, cumpla los requisitos necesarios para incorporarme en su seno.

Debo, sí, manifestar al señor Presidente que el nombre de la Sociedad no concuerda con la realidad de los hechos ni con el alto espíritu de justicia que poseen sus afiliados. Yo no creo que en Chile haya habido dictadura ni mucho menos un dictador. Mi General Ibáñez no tuvo hechuras para tanto, como no la tuvieron los hombres que lo secundaron en su administración. Don Carlos era autoritario, buen jinete, y hasta si se quiere un mandatario bien inspirado que gobernó mal, ascendiendo a los grados superiores que otorga el escalafón con una facilidad asombrosa.

Pero que no digan que fué un dictador ni cosa parecida.

Los dictadores—don Juan Manuel de Rosas entre ellos—tienen una ideología, representan una tendencia o aspiran a llegar a un fin. Mi General, en cambio, no se definió jamás, y a mi modesto entender, su permanencia en el Gobierno debióse a que poseía un instinto de conservación monstruosamente desarrollado. Esta particularidad y la buena fe de sus contemporáneos lo impulsaron a combatir el alessandrismo, el comunismo y otros ismos perniciosos; pero lo hizo sin continuidad alguna, y ya ve los resultados.

Si el señor Presidente, con el mérito de la narración que le incluyo, dividida en capítulos para facilitar su lectura, tiene a bien aceptarme como miembro activo, yo propondré que esta asociación se llame de los perseguidos por la tontería, como corresponde a la realidad.

Con esto no quiero decir que mi General haya sido un hombre necio. No. Ibáñez fué un original, simplemente; un original que buscó la cooperación de gente original que fabricaba superávits, piscinas, diarios, atentados dinamiteros y leyes idiotas como esa de la reforma educacional, la del colegio de abo-

gados y la del "ajicito" o de Seguridad del Estado que se aplicó una vez, en el caso de los señores Prieto, Lezaeta, Merino y Cía.; pero con tan poco fundamento y equidad, que el propio General hubo de indultar a los condenados.

Antes de ponerme a escribir mi triste historia, medité si ella correspondía a algún fenómeno propio del tiempo en que vivimos.

Primo de Rivera, como el orangután del cuento de Poe, degolló al malogrado don Alfonso por imitar a Mussolini—observa Rodrigo Soriano. Bueno; mi General, hay que decirlo, no imitó a nadie y se degolló solito, en compañía de su comparsa, entre la que figuraba el señor Ventura Maturana, que fué el que más héroes dió a este país. Cuando hice notar esta circunstancia a don Humberto Fuenzalida, jefe de investigaciones, éste se enojó, manifestándome que no pensaba de igual manera.

¿Pero, tenía o no razón este modesto servidor de ustedes?

El señor Presidente podrá negarme méritos personales, pero no esta calidad de héroe que empecé a gozar muy contra mi voluntad a raíz del movimiento del 26 de julio, en compañía de numerosas personas.

Ahora asistimos a otra revolución, y como no hay revolución sin héroes, es muy posible que hombres perfectamente inéditos hasta ayer, pretendan empañar el prestigio que debemos al señor Maturana y que tan ampliamente nos ha sido reconocido por nuestros contemporáneos.

Advierto a usted y a los distinguidos asociados que preside, que a pesar del triunfo de la gran revolución de julio yo permanezco cesante. Por no contradecir a la opinión pública, que exigía una reparación, me reincorporaron en teoría; gozo de un empleo que es, como la estatua del soldado desconocido, un simple homenaje, y un homenaje improductivo e innecesario, al que debo unas horas de negra e indecible angustia, porque los amigos que conocen superficialmente el alcance de mi reincorporación, me abrazan en la calle, me escriben cartas, y yo debo corresponder los cariños con aperitivos y tazas de café cuyo costo—amén del gasto de estampillas que me demanda la contestación de la correspondencia—no puedo sufragar en modo alguno.

El héroe que hay en mí, el verdadero héroe, nació después de la partida de mi General a Buenos Aires, allá por los días en que los chilenos aguardamos con inquietud un desenlace trágico, que si no se produjo,

hay que confesar que consiguió estropearnos los nervios.

Como héroe orgánicamente constituido, ninguno como el cesante. Pero no se piense que yo persiga un propósito mezquino al querer ingresar a la Asociación. Muy lejos de eso.

Lo hago por mis hijos, para que ellos conserven el vivo testimonio de que su papá—que no pudo ser un financista, ni un político brillante, ni hombre práctico como uno de esos yanquis que de preparadores de caballo llegan a dirigir importantes empresas — alguna vez fué un poco héroe y sufrió penalidades.

Una modesta póliza de seguro de vida y la tarjeta de inscripción a la sociedad que usted dirige serán el patrimonio que ellos reciban al final de mis días. Es bien poco, pero cada cual hace lo que puede.

Con tan loable y honesto propósito, ruego al señor Presidente quiera imponerse del original que le incluyo, y si lo tiene a bien, sírvase ordenar la inmediata inscripción de mi nombre en los registros de la entidad que usted tan acertadamente dirige.

Este favor comprometerá la gratitud de su afmo. servidor,

PEDRO ILABACA,

Preso, desterrado y cesante de
ocho meses.

I

Es triste tener que hablar de sí mismo en forma tan sostenida. Pero no hay otra solución y como la necesidad tiene cara de hereje y a la ocasión diz que la pintan calva, al que me lea le corresponderá perdonar la aridez del relato, las incorrecciones de estilo, la falta de sentido histórico, todo. No soy un escritor sino un modesto ex empleado, y ¡qué diantre! si uno no se toma el trabajo de ocuparse de sí mismo, ¿quién lo va a hacer?

Tengo entendido que don Jenaro Prieto está preparando un libro muy bien documentado sobre el Gobierno que feneció el 26 de julio del corriente año 1931, y como ese si que es un literato, muchas cosas que aquí parecen borrosamente expuestas o apenas

insinuadas, podrán aclararlas leyendo las páginas del celebrado humorista.

Pero vamos al grano.

Hasta el 5 de septiembre del año de gracia de 1924 yo viví, como cualquier ciudadano de la clase media, una existencia apacible y despreocupada.

Marido fiel, honestísimo padre de familia, burócrata ordenado, en el hogar, frente a la mesa de trabajo, donde atiendo encargos sueltos relacionados con el ramo de contabilidad, mantuve colgado, no sin patriótica vanidad, un cuadrito con los despachos de Oficial de Reserva que me otorgaron al término de aquel período de instrucción de infantería, que después perfeccioné concurriendo al norte a ofrecer mi sangre por la causa de don Ladislao.

Este diploma de Teniente 2.º de Reserva en el arma de infantería que lleva la firma de don Juan Luis Sanfuentes, me resarcía con creces de los fracasos estudiantiles del pasado, que no fueron pocos.

—El hombre que no sabe manejar un fusil y no da hijos a la Patria, no merece llamarse chileno. El país exige el sacrificio de todos los ciudadanos. Ya ven yo: ¡Oficial de Reserva! — solía decirles a mis hermanos, henchido de fervor, cuando en la penum-

bra del cuarto veía brillar los caracteres dorados que esmaltaban la flamante cartulina.

Por aquel entonces se insinuaba la lucha de clases, y la República, para contener el desborde de las ideas disociadoras, enarboló la bandera del patriotismo. Yo, hijo de la época, me conté entre los elementos sanos, entre los hombres de orden.

Don Nolasco Cárdenas, en pleno Parlamento, avanzó no sé que opinión contraria a la que sustentaban los buenos chilenos. Esta fué la chispa que hizo arder la hoguera. Hubo asonadas en las calles, y el año veinte, la juventud católica saqueó, para bien de la República, la Federación de Estudiantes, apresando a Santiago Labarca, Daniel Schwaitzer, Gondulfo y al poeta Gómez Rojas, que murió en un calabozo pocos días después.

Paralelamente con estos actos meritorios, un distinguido militar, al frente de la policía porteña, allanó el local de la I. W. W., constatando la existencia de numerosas bombas y un arsenal de explosivos, de donde se desprende que el señor Maturana no ha sido, como muchos creen, un ejemplar sin precedentes en la historia policial.

Cuando me desmovilizaron, a raíz de la frustrada

campaña de Tacna, me pareció que la República había experimentado una sensible transformación.

En calles y plazas de la capital cantábase el Cielito Lindo con gran indignación de don Ismael Edwards Matte, que ungido Diputado, iniciaba una serie de campañas depuradoras y cometía otras rarezas a la luz pública.

Ingenuo y sin experiencia de las realidades, pensé que ese regocijo era una consecuencia de la saludable reacción que trajo el exterminio de los elementos ácratas.

El país gozaba de crédito en el extranjero, vivíamos libremente y los cacareos de don Ismael, la mayoría del Senado, las temerarias declaraciones que el Presidente hacía a la prensa, no le quitaron el sueño a nadie.

Pero llegó el 5 de septiembre, fecha en que los periódicos dieron cuenta de la visita practicada por el General don Carlos Altamirano a la Moneda, y cambió todo fundamentalmente.

Yo creía que los fusiles no tenían otra aplicación que la de la defensa de la Patria. Pero estaba equivocado.

¡Pobre don Arturo! Cómo me arrepentía de ha-

berlo combatido el año veinte. Esa tarde, con una vergüenza atroz, y a escondidas de mis hermanos, descolgué mis despachos de Oficial de Reserva.

Cuando apareció el clavo negro, acéfalo, en medio de la pared, mi mujer tuvo un silencio comprensivo.

—No seas pesimista—dijo, enseñándome ese manifiesto revolucionario que un periodista aconsejó que leyéramos con las pupilas puestas al amanecer.

—El papel aguanta todo—suspiré—pero ya veremos lo que ocurre en la práctica. ¡Qué desgracia!

Yo creía en la respetabilidad, en la majestad de la Constitución y de las leyes. En los campos de maniobra serví bajo las órdenes de muchos de esos jefes que ahora llegaban al Palacio de los Presidentes de Chile, y no sé por qué, mirados desde la estatua de don Diego Portales, me parecieron diferentes, fundamentalmente diferentes a esos de la blusa blanca de campaña que seguí en Batauco, Conchalí, Apoquindo, Pudahuel, Tacna, Iquique.

Don Santiago Labarca había predicho el juicio final del Cielito Lindo. Pero don Santiago es pesimista y nunca pensé que eso ocurriera, dada la rigidez de la ordenanza militar.

Por esos días Labarca conferenció con los autores del manifiesto; pero sin obtener ningún resultado positivo.

Pupilas abiertas al amanecer, deportaciones, postulados, amenaza de constituyente: yo me enteraba por los periódicos de los sucesos de mayor actualidad, y lo declaro sin presumir de clarovidente, esa literatura, ese criterio con que los gobernantes de entonces pretendieron moralizar el país, no me entusiasmó nada.

Alrededor de la persona del Presidente de la Junta de Gobierno se operaron algunos milagros, como el de la monjita que anunció su exaltación al poder como salvador enviado por Dios, y en seguida sobrevino el del Niñito Jesús de San Lázaro que convulsionó a la ingenua República.

Escéptico por naturaleza, puse en duda lo de las lágrimas del niñito divino; pero sobrevino el 23 de enero, y con la aparición de mi Mayor don Carlos Ibáñez, me convertí sin vacilar a la fe de mis mayores.

¿Quién que hubiera presentado la que iba a venirnos encima, no iba a llorar desconsoladamente?

Con los nervios tensos como cuerdas de violín, los

habitantes de Santiago presenciarnos el asalto de la Moneda y la toma de "El Diario Ilustrado", periódico que dirigía el diputado y valiente periodista conservador, don Rafael Luis Gumucio, el que fué deportado días más tarde en forma bárbara e ignominiosa.

Los que creyeron en el tinte reaccionario de la Junta del 5 de septiembre, cantaron gloria cuando vieron aparecer en la casa histórica a don Carlos y su estado mayor, los señores Bravo, don Mario; Poncho Balma-
ceda, Montero.

Un compañero de oficina, radical de filiación, me invitó a beber una pilsener en honor del salvador Ibáñez.

—Se acabó la oligarquía. Estos hombres representan a la juventud militar que no acepta a los beatos en el Gobierno—gritó el candoroso camarada.

En mi calidad de converso, debí beberme la cerveza sin adelantar mayores comentarios.

Admirador de don Carlos desde cuando éste saltó en Río de Janeiro, montando a lomos de "La Chilinita", no podía caer en un renuncio tan manifiesto así de buenas a primeras, como esa señora que aplaudió la salida del León desde un balcón vecino al Palacio de Gobierno el 5 de septiembre, y que ahora ex-

cecraba a los héroes de entonces. Esto no era justo ni honrado, y por lo que hace al señor Ibáñez, me limité a recordar una frase de Víctor Silva Yoachim: "En este país — dijo alguna vez el humorista—cuando un hombre escribe una bonita comedia lo hacen Ministro de Hacienda o Director de los Ferrocarriles".

Con la salida del país de don Rafael Luis Gumucio, Santiago Labarca, Manuel Rivas Vicuña y otros caballeros de la más diversa catadura política, concluyó el período de los llamados politiqueros, instaurándose en todo su vigor el régimen de los hombres nuevos, en el que ocasionalmente figuraron don Arturo Alessandri, Barros Borgoño, Figueroa.

Con dotes de prestidigitador no superados, don Carlos se anotó algunos ascensos en pocos días. Hubo una elección que se llamó popular, y mi Coronel, que no tuvo competidor, se llevó el triunfo, lo que trajo una sensación de alivio jamás experimentado en la República. Yo recuerdo haber sufragado en una mesa que presidía don Augusto Ovalle Castillo en el recinto de la Municipalidad. Personalmente, como un homenaje, voté por don Arturo; los muchachos del curso de leyes lo hicieron por don For-

tunato Castagneto y el personal de "El Diario Ilustrado" dió sus cédulas a su gran Director, el señor Gumucio. Bueno; pero llegó el escrutinio, y cuál no sería la sorpresa de los asistentes, cuando vimos al señor Ovalle vaciar la urna, y después de un recuento minucioso, dijo:

—Hay doscientos veinte cédulas. ¡Por el Coronel Ibáñez doscientos veinte votos!

Pero esto de la elección fué una humorada que no tuvo mayor importancia. Hombre bien inspirado y con diario propio, mi Coronel parecía el gobernante ideal, porque reunía en sí la suma de cualidades negativas que debe poseer el mandatario moderno, de acuerdo con la teoría de Hugo Silva, el dinámico Director de "La Nación".

Cuando firmó la ley de reforma educacional, en presencia de quince mil personas, S. E. hizo una declaración solemne, originalísima: "No conozco el contenido del decreto, pero conozco al Ministro y eso basta". El Ministro eran don José Santos Salas, personaje muy discutido, a quien el Presidente obligó a salir del país, a raíz de haberse descubierto una de las tantas conspiraciones que sobrevinieron durante su administración. La lapicera con que mi General

rubricó el documento pasó al Museo Histórico, y la ley se derogó en seguida, por mala.

Este homenaje al Primer Mandatario era un síntoma de la época. En Montevideo, en una lujosa vitrina de la Avenida 18 de Julio, se exhibieron los botines de Scarone, el footballista que después de un soberbio puntapié hizo flamear el pabellón uruguayo en la capital de Holanda, y si tales demostraciones de reconocimiento conmovieron a los hijos de la República Oriental, ¿qué de extraño tiene que los chilenos realizáramos algo parecido, entregando a la admiración de las generaciones presentes y por venir el instrumento con que se verificó el acto humorístico más trascendental que haya presenciado la República durante la administración de nuestro querido General? Lo justo habría sido exhibir la pluma con que derogó la ley, ya que no se conoce la con que Barros Arana escribió su Historia de Chile, Lillo el Himno Nacional, Blest Gana alguna de sus novelas más importantes. Esa, al menos, era pluma ecuaníme; una pluma reparadora, y es lástima que no figure en las vitrinas de nuestro Museo Histórico Nacional. Pero está la otra, y basta.

Como espectador, entonces no se vivía mal. Don

Carlos poseía una pericia admirable para sazonar el guiso de la actualidad cotidiana con una infinidad de especias que renovaba sin casi consultar a los hombres nuevos que compartían las pesadas labores del Gobierno junto con él.

Las piscinas, los rascacielos, los superávits y los aeroplanos ocuparon sitio preferente en el cartel administrativo. Para probar que existía el firme propósito de depurar las distintas ramas de la administración pública, mi Coronel deportó a los más dignos funcionarios, exoneró a unos cuantos militares y puso en la Cárcel a quien se le antojó, pretextando que la Nación pedía, exigía un Gobierno fuerte. Ministros de la Corte de la capacidad moral de un don Alejandro Bezanilla, de un Cortés, de un Cruz, de un de la Fuente, de un Horacio Hevia, fueron alejados del servicio, unos por orden directa del Gobierno; otros, porque su dignidad los obligó a presentar la renuncia. Don Horacio Hevia, en Apelaciones, y don Javier Figueroa, en la Suprema, fueron substituídos por los hombres nuevos que esperaban su turno en las antecámaras de la magistratura. Respetuoso de la independencia de los poderes público, el señor Ibáñez, que dirigía la maniobra desde el Ministerio del Interior,

mientras desmembraban el poder judicial, se ocupó en defender a dos jueces mal calificados; pero que eran sus amigos.

Cuando don Pablo Ramírez metió basa en la Dirección de Impuestos Internos, y sobre todo, después, cuando se produjo la deportación encubierta de los señores Agustín Edwards, Gustavo Ross, Samuel Claro Lastarria y tantos otros, la satisfacción popular no tuvo límites.

Vivíamos agradecidos de mi Coronel que proporcionaba pan circo a los modestos ciudadanos a costa de una serie de caballeros de espectable situación.

La Sección de Seguridad convirtiéndose en un centro de atracción para la gente elegante. Una noche recuerdo haber oído a un obrero una frase que me pareció la prueba más palpable del regocijo con que la clase trabajadora recibía las iniciativas de mi Coronel Presidente.

—Como sigan cayendo futres, habrá que pedir que trasladen la Sección al local del Club de la Unión y que el Club ocupe el edificio de la Sección—comentó el modesto ciudadano, contemplando la larga fila de coches de marca que llenaba la cuadra donde funciona esa repartición policial.

Pero un acontecimiento insólito vino un buen día a amargar la realización de los postulados revolucionarios del 5 de septiembre: el alessandrismo.

Constatada su existencia como epidemia nacional, se produjo la consiguiente alarma y muchos experimentaron indignación, asco, tristeza.

El señor Intendente ordenó el saqueo de la casa sindicada como fuente del contagio alessandrista; saqueo que se efectuó a media noche con un rigor y precisión que superaron todas las expectativas.

Los que no creíamos en la existencia de ese mal epidémico, tuvimos que rendirnos ante los hechos comprobados. El país congratuló a mi Coronel y éste felicitó a los carabineros cuando apareció inserta en los periódicos la nómina de los contagiados, encabezada por la señora Rosa Ester Rodríguez de Alessandri, sus hijos, sus yernos, y luego, don Galvarino Gallardo Nieto, don Armando Jaramillo, don Cornelio Saavedra y no sé quiénes más.

Si no todos, es probable que muchos de los nombrados fueran realmente alessandristas. En el caso particular del señor Gallardo Nieto, creo que su sobrino carnal don Conrado Ríos Gallardo, a la sazón Ministro de Relaciones Exteriores, hizo bien en oponerse

a que el Embajador argentino le otorgara un pasaporte diplomático. Por solidaridad inter-americana, existiendo allá el irigoyenismo, el Canciller estaba obligado a representar al país hermano los peligros que corría al acoger en su seno a un individuo tan contaminado.

Un humorista explicó que el Ministro confundía los pasaportes con los picaportes, ¡ocurrencias de humorista!

Como el borracho, nosotros habríamos podido decir: "Hasta aquí vamos bien", si mi Coronel, con un criterio de niño de primera comunión, no hubiese ordenado que se llevara adelante la cruzada profiláctica.

Los amigos de don Agustín Vigorena y del Almirante Acevedo alcanzaron a intranquilizarse cuando la voz de exterminio resonó en el país. Pero a ellos no les ocurrió nada, afortunadamente.

En esos días de locura colectiva, nadie estaba libre de caer por alessandrita. Clérigos, masones, empleados públicos, niñas, militares, señoras y aún los miembros más destacados de las congregaciones marianas hicieron reos de sospechas absurdas.

Como contribución a la campaña anti-alessandris-

ta, don Víctor Domingo Silva estrenó una obrita difamatoria, a la que el público no le brindó la acogida que se esperaba.

Esta como inversión de valores irritó a mi General.

—No tolero que ridiculicen a los escritores que me secundan—exclamó; y dirigiéndose al Jefe del Servicio de Investigación Científica, sintetizó sus ideas en una orden clara y terminante:

—Proceda con mano de hierro, Comandante. Si es preciso gastar, hágalo: el superávit da para todo.

Decir esto mi General y armarse la de Dios es grande, todo fué uno. Don Ventura puso en campaña a sus sabuesos y al cuerpo auxiliar de jóvenes y niñas que desempeñaban cargos en la policía, iniciándose la batida inmediatamente.

Don Bernardo Gómez Solar y Guillermo García Burr rompieron el fuego. Después cayeron don José Maza, Perico Rivas y no sé exactamente si Elías Errázuriz, el "pioneer" entre los perseguidos.

El público, que ignoraba la existencia de tanto elemento desplazado, empezó a inquietarse con las noticias que casi a diario suministraban los periódicos: conspiraciones, atentados dinamiteros, allanamiento de imprentas clandestinas, sediciones comunistas. Con

el malogrado don Plinio Macaya hubo un desbande general. Si mal no recuerdo, ese hombre arrastró a Roberto Meza Fuentes, al mayor Millán, a Eugenio González, a Manuel Hidalgo, a Roberto Yunge y casi, casi, a don Jorge Gustavo Silva, el laureado autor de "Un Furtivo Oscuro".

Desde la oficina seguíamos el desarrollo de los acontecimientos paso a paso. Unos pensaron que mi General perdía popularidad; otros que no. Los primeros daban fe a los descubrimientos del señor Maturana; los segundos lo condenaron como un farsante.

Sin desconocer que S. E. fuese un hombre bien inspirado, alguna vez me cupo lamentar la situación aflicta en que lo colocaba su notoria ineptitud frente a los problemas de Gobierno.

Más tarde se habló de un movimiento revolucionario que debía estallar en Concepción, y creo que de una huelga estudiantil.

Cuando iba a la Escuela de Carabineros o a la Sección de Policía Internacional a visitar a mis amigos, escuché comentarios sospechosos, y Préndez Saldías, el vate, entiendo que anduvo preocupado de formar una cadena o no sé qué.

Con Marcial Mora, Luis Alamos y Belisario Tron-

coso se fraguaba un plan para fundar un diario, en el que figurarían Jenaro Prieto, Manuel Merino, Enrique Matta, Justiniano Sotomayor.

—Son muchos redactores — me atreví a insinuar cuando me propusieron como cronista.

Después no me volví a ocupar más del asunto y continué concurriendo a la oficina como todos los días.

Por aquel entonces, y en forma inesperada, una mañana dos jóvenes se instalaron en la puerta de la casa. Mi chica me lo advirtió; pero como yo no podía impedirle a nadie que viniera a leer su periódico en un sitio tan poco confortable, guardé silencio.

Por la acera del frente me siguieron durante la mañana. Pero como soy un hombre bastante normal, no dí al hecho ninguna importancia.

El segundo y tercero días sufrí una pequeña intranquilidad. Al cuarto me saludaba familiarmente con los muchachos lectores.

Para abreviar, advertiré que la policía allanó la oficina y apresó a dos compañeros.

Pero no sospeché jamás que andando el tiempo iba yo a caer en el número de los perseguidos por la dictadura, si dictadura puede llamarse a un Gobierno que

mantuvo al Parlamento, a los jueces y los demás servicios de la República.

Sin embargo fué así. Cuando mi bondadoso jefe me advirtió el peligro que corría, monté en cólera.

—Soy Oficial de Reserva, señor, y, además, tengo un amigo Ministro.

—Con todo, a usted se le acusa de elemento indigno.

—Una calumnia; exijo el nombre del acusador.

—No puedo revelárselo.

Yo ví temblar de pavor los bigotes de mi digno patrón; pero no me inmuté.

II

La presencia de los dos jóvenes ya insinuada, la conversación con mi Gerente, no torcieron el rumbo de mi obscura existencia. Con ellos establecióse una familiaridad simpática, que procuraba cimentar, acostándome temprano, caminando poco y a un compás medido, no yendo a comidas donde se hiciera una sobremesa larga, evadiendo los encuentros callejeros en los días muy fríos, etc. Por lo que hace a mi patrón, él me inspiraba absoluta confianza, una confianza tal, que mantenerse valiente a su lado, era ser, como dice el refrán, "valiente en una calle sin gente".

Con la serenidad que proporciona a la conciencia el deber cumplido, continué paseándome libremente.

Cobraba la soldada de fin de mes, leía novelas de Pitigrilli, concurría al cine las tardes de los sábados, salía con mi mujer, sin parar mientes en que pudiera ser objeto de una intriga que había de elevarme a la condición de personaje célebre en un momento dado.

¿Quién era yo para que mi General me acogiera en el seno de su cerebro cavilante?

Entre mis amigos, en casa, gozo de cierta popularidad, es cierto; pero carezco de actuación, de relieve, de trascendencia para merecer mayor crédito ante el concepto colectivo.

Cuando me impuse de que Su Excelencia el Presidente de la República me consideraba un monstruo capaz de socavar la estabilidad de su bien inspirado Gobierno, más que temor, sentí una profunda, una indecible alegría.

—Este Ilabaca, un sujeto peligroso... lo destituiremos.

Así reconstituí mentalmente el soliloquio gracias al cual dejaba de ser el anónimo archivero de una oficina indefinida para transformarme de golpe y porrazo en un hombre de actualidad...

El que me trajo la noticia de la Moneda, como no lograra impresionarme, puntualizó la situación:

—No se ría, Ilabaca. S. E. está indignadísimo; lo relegarán.

—Hablaré con el Ministro; es muy amigo mío. El me llevará a la Presidencia y se arreglará todo.

—Pero es que el Presidente no quiere saber nada de usted.

—¿Exageraciones, no le parece?

—A mi General le contaron que usted lo censuraba en un Club de la Alameda y en la redacción de "El Diario Ilustrado".

—Y en todas partes, cuando hace leseras—dije, impacientándome.

—Además, los amigos lo pierden: Jenaro Prieto, un señor Alamos, Matta.

Quedé perplejo. Esa tarde, después de ordenar los papeles entregados a mi custodia, me vine a casa y escribí a los amigos que visitaban al Presidente para que indagaran lo que estaba ocurriendo.

¿Era el señor Viaux, don Carlos Frodden, Maturana o quién el causante del intríngulis?

Pero pasaron los días y no logré localizar nada.

Una tarde, el señor Máximo Mendelewsky, en compañía de cuatro agentes, cayó sobre mí.

—De orden superior tengo que conducirlo preso. Está estrictamente incomunicado.

—Bueno; pero permítame avisar al jefe, hacer entrega de las llaves, de los documentos.

—No; la orden es que usted vaya incomunicado.

—Es que perjudica intereses ajenos.

—Lo siento mucho; no puede hacer otra cosa.

A las tres de la tarde llegamos a la Internacional. Ignoraba en absoluto el alcance de la detención, y salvo ligeras referencias, desconocía los secretos con que opera una policía científicamente organizada.

Acababa de producirse el movimiento de Concepción y un centenar de personas llenaba los pasillos de la casa de la calle de Teatinos. Traté de identificar alguna cara conocida, y con excepción de Emiliano Feliú—el Comisario que actuó en el crimen de la Corina Rojas, y que no era, según me enteré después, ningún perseguido por la dictadura, sino al contrario—no hallé a nadie. El señor Mendelewsky me condujo a su oficina, donde quedé por espacio de media hora al cuidado de un detective, quien en seguida me trasladó a una segunda habitación.

En el libro de don Ventura Maturana, "De la Investigación del Delito", no aparecía nada de esto que

me estaba pasando. Pero, ¡paciencia! Los tiempos cambian, cambian los sistemas, todo.

Aburrido, me dispuse a leer un diario de la mañana que estaba tirado por ahí; pero mi centinela advirtió que los incomunicados no leían los periódicos, ni podían asomarse a la ventana, ni mirar hacia el pasillo.

Durante unas seis horas estuve barajando mi coartada, o mejor dicho, una coartada supuesta. Los agentes entraron a “semblantearme” muchas veces y yo aproveché la ocasión para semblantearlos a ellos, cosa que después me fué de gran utilidad.

Algo grave debía pasar cuando para echarme el guante enviaron cinco individuos.

A las nueve y media de la noche comparecí ante el señor Maturana, quien con mucha amabilidad me representó la vergüenza que le ocasionaba mi compañía a esa hora. Fumamos un cigarrillo.

—La superioridad tiene el denuncia de que usted, en una conversación con don Luis Castillo, hizo afirmaciones graves sobre el movimiento de Concepción—dijo don Ventura, señalando el cielo, no sé si para recordarme la existencia del Coronel Dinator que trabaja en el piso alto o si para impetrar la clemencia de mi General, mandatario celeste cuya cólera empezaba

a flagelar mi existencia pecadora con un rigor excesivo.

—Yo no niego que haya hablado del asunto de Concepción; pero no conozco al señor Castillo—dije.

Sin transición, el Prefecto hizo recuerdos de su viaje a Europa, execró la conducta del General Bravo, de don Marmaduke, Vicuña Fuentes, Salas Romo, Ugalde, y en seguida—¿rarezas de la investigación científica?—agregó:

—Tengo orden de dejarlo incomunicado; pero lo voy a largar. Preséntese mañana a las doce a mi oficina.

Como un convaleciente, pregunté si esa noche podría fumar, leer los diarios, darme un paseo.

—Siempre que no lo vean, salga—dijo don Ventura.

—¿Siempre que no me vean?

Como no poseía el don de la invisibilidad, opté por quedarme en casa y al día siguiente volví a la Prefectura.

—Puede irse; tengo orden de no interrogarlo.

—Una lástima; yo preferiría que usted indagara.

—No es necesario.

—Bien, qué hacerle.

Y me fuí, camino de mi casa, muy emocionado.

Cuando doblé la esquina, un señor saluda. Miro hacia allá y mis dos jóvenes amigos, frescos, sonrientes, se descubren respetuosamente.

—Esto es irritante, indigno—vociferé;— con ellos terminaron las contemplaciones.

Conspirador novel, desconocía el alcance práctico que pudiera tener ese terminacho que en jerga detectivesca quiere decir “predestinado”, “paga patos” o más exactamente “víctima crónica”:

¡La patilla!

Yo era de la patilla. Un amigo muy experimentado en la materia me explicó en detalle el valor del vocablo y sus consecuencias.

—De modo que mi puesto de archivero...

—Dalo por perdido, ¡ya verás!

Esa noche no pude pegar los ojos. Mis chicos, mi pobre mujer me llenaban de congoja.

Fumando cigarrillos llegó la hora en que el despertador exalta mi calidad de empleado.

Una cosa horrenda, verdaderamente horrenda.

III

Mi amigo Ministro me invitó a concurrir a su sala de despacho; un cuarto claro, espacioso y confortable que decoraba un lindo retrato de mi General, pintado al óleo.

—Su situación es grave—declaró exabrupto el Secretario de Estado, no bien cambiamos breves frases de salutación.

—Grave, no; es ridícula—observé en uno de esos momentos de distracción que sobrevienen en los casos críticos.

Pero el Ministro insistió más enérgicamente:

—¡Gravísima! En la Presidencia hay denuncias, informes policiales que lo comprometen. Usted concurrir al Club de "El Pueblo", se junta con amigos sin-

dicados de anti-gobiernistas como Jenaro Prieto, Humberto Mardones, Enrique Matta, Justiniano Sotomayor, Luis Alamos.

—No lo niego, ni renuncio a cultivar amistad con quienes he sido amigo toda la vida.

—S. E. está en antecedentes de todo; yo, naturalmente, lo defendí y con el Comandante Astorga salimos fiadores de su situación. Sin embargo, todo tiene un límite, y créame, no puedo hacer más para sostenerle.

—¡Dios mío! El honor que me dispensa S. E. me confunde tanto como la generosa actitud de ustedes. Pero...

—Hablemos claro — interrumpió el Ministro, calando con sus ojillos inquietos hasta el fondo de mis afligidas pupilas;—Ibáñez es un hombre valiente, y como tal, cuenta con el apoyo decidido de los militares que admiran sus cualidades. Ibáñez profesa ideas avanzadas y hasta sus más encarnizados enemigos reconocen en él un hombre bien inspirado. ¿Qué dice usted?

—No discuto las ideas de mi General como no discuto la existencia de Dios—dije respetuosamente.

—Pero hay que ayudarlo, mucho más cuando ten-

go entre manos un proyecto que seguramente va a agradar a los contertulios del Club.

Fumando cigarrillos como dos buenos camaradas que éramos hasta entonces, llegamos a la conclusión de que yo debía orientar a los compañeros del Club de "El Pueblo" dentro de una política de cooperación franca, entusiasta y sincera que nos evitaría el bochorno de caer enredado en un movimiento militar que parecía tener raíces en el campo de la oligarquía conservadora, según fué explicando.

Escuché al amigo Ministro con toda deferencia, y a medida que se desarrollaba la charla iba comprendiendo una serie de cosas que hasta ayer eran un enigma para mí.

—S. E. el Presidente de la República, como he dicho, me atribuye una importancia excesiva, a la que trataré de corresponder tentando la gestioncilla que usted me insinúa con los amigos del Club. Pienso, sin embargo, que Ud. debería conversar con ellos, explicarles el alcance del movimiento que se prepara. Pero, en fin, si no quiere exponerse a un fracaso, fracasaré yo. ¡Pierda cuidado, mi querido Ministro!

Presas de crueles remordimientos, esa tarde ensarté mis papeles en el gancho de todos los días con el con-

vencimiento íntimo de que mis funciones burocráticas terminarían como la vida de don Alvaro "al caer el último grano", o sea, cuando en la encuesta plebiscitaria propuesta por mi amigo, el último amigo, requerido para cooperar, me contestara conforme a los preceptos de la lógica, una cosa cuerda: "no seas imbecil".

El problema, empero, no admitía otra solución. ¿Qué hacer? ¿Dilatar los plazos a fin de que el deceso se produjera lo más tarde posible? Era un recurso de emergencia, pero no una solución satisfactoria.

¡Quince años de trabajo tirados a la calle, ya ve!

Por la tarde, antes de irme al Club, dí un extenso paseo. Había que buscar un medio para salir del berenjenal, una fórmula, y como andando las ideas bajan como la leche a las madres primerizas, me eché a caminar, desentendiéndome en absoluto de mis compañeros, cuya vigilancia, cada día más severa, constituía una pesadilla en mi existencia de burgués andariego.

Por desgracia no obtuve el fruto deseado, y cuando entré al Club, tan vacío de mente como cualquier tarde, sentí una opresión, una angustia.

—¿Jugamos un dominocito?

—Sí, lo que ustedes gusten; me da igual.

Con la preocupación atornillada dentro, perdí tres partidas. Los muchachos, ¡suerte perra!, andaban esa tarde con la bilis revuelta, porque alguien fué a llevarles la especie de que acababa de descubrirse un enredo de proclamas y que estaban presos Marcial Mora, Lucho Alamos, Arturo Olavarría, Horacio Hevia—el gran patilludo—, un señor Guzmán, Carlos Jara Torres y un grupo de obreros.

—Puras bolas, las eternas bolas!—balbucí;—y en todo caso, si se verifica la existencia de un delito, el Gobierno está obligado a perseguir a quienes lo cometen, a defenderse; ¡en el caso de Ibáñez yo haría otro tanto!

Hubo protesta general y no faltó un exaltado que me insultara. Para no quedar absolutamente en descubierto pedí una cuarta corrida de copas, y luego, como que no quiere la cosa, insinué lo del movimiento militar-oligárquico-conservador.

Pero no me creyeron y vino lo que preveía.

—No, compañero; yo no me doy vuelta la chaqueta; digo sinceramente lo que me parece que conviene hacer en bien de la Patria, y nada, nada más—argüí, rojo de ira, dolorido, humillado.

—Es que para decir eso hay que ser un bestia completo.

—O vivir en la luna.

¡Todo estaba perdido: el empleíto, mi libertad, todo!

Con los últimos cuarenta centavos disponibles pagué el tranvía de regreso a casa y adquirí un ejemplar de "Los Tiempos", diario oficial y humorístico de la tarde, donde don Domingo Arturo Garfias solía publicar unos comentarios muy hermosos sobre problemas de actualidad. Ahí aparecía una información referente al allanamiento de la imprenta de la Armada, que aunque no hiciera mención a la "Respuesta al Cínico", reflejaba al menos la gravedad de esa hora histórico-detectivesca.

¡Pobre don Horacio, pobre chico Olavarría, dos tan buenas personas!

Mi estreno en el rol de Personaje constituía un fiasco definitivo.

¿Qué diría a mi amigo el Ministro, con qué cara iba a presentármelo en su sala de despacho?

Mi mujer atribuyó la cosa a una simple aprensión, a los nervios que tengo algo descompaginados.

—No seas pesimista, no exageres. Y en último término, con no volver donde tu amigo, asunto arreglado.

—Caduca la fianza, hija. Y en seguida, ¿qué hacemos con esos jóvenes que andan conmigo? ¡Ellos pueden contarle al Ministro lo que se les dé la gana, y yo a brazos cruzados!

Te queda el recurso del Gerente. El te defenderá.

—Bueno, eso sí.

Por espacio de un mes recorrí todas mis amistades; supliqué, dí proyecciones fantásticas al movimiento en gestación.

—Cooperen, niños. Hay que cooperar—suplicaba.

Ingenuo de mí, ¿dónde estaba la inmensa popularidad de mi General?

Una de esas noches de búsqueda infructuosa, al cruzar frente al hermoso Palacio de Bellas Artes, sentí un silbido y la voz de alguien que me llamaba por mi nombre:

—¡Ilabaaccaa! Un momento.

—¡Tú por aquí, qué casualidad! Y yo que pensaba hablarte de un asunto importantísimo.

El hombrecito cuyo encuentro me deparó el azar

era Fernando Maira, un buen muchacho: abogado, medio agricultor y con humos de oligarca.

—¿Qué te parece? ¿Cooperamos?

—Lo pensaré—dijo Maira—a mí los beatos y los oligarcas me patean. Pero no comulgo con ruedas de carreta.

—Ni yo tampoco. Pero qué quieres, "la necesidad", tú sabes eso. . .

Después de breves observaciones que explico más adelante, a las 11 de la noche, hora oficial, nos despedimos.

Ese ocho de diciembre olía a incienso. Hacía un tiempo templado, claro. Por la calle de Bellavista caminé a pie, lenta, despreocupadamente.

Yo era un suicida que tira por la borda el último lastre que lo liga a la existencia.

Pero lo juro solemnemente: nunca imaginé que el desastre acaeciera tan de inmediato y con caracteres tan sombríos.

En una fuente de soda de por ahí me bebí un refresco, tomé mi provisión de cigarrillos y regresé a casa.

Por esos días, mi chica mayor convalecía de una grave enfermedad en una playa donde mi madre, y

la segunda de las chicas fueron a hacerle compañía a mi mujer.

—La señora llamó por teléfono luego que usted salió. Preguntó por el niño y me encargó que le avisara si siempre pensaba irse el viernes, como le había prometido—dijo la niñera cuando entré.

Sin sospechar en las travesuras del azar, la dije que sí, que el viernes, indefectiblemente, iría a reunirme con ellas.

Como el viaje proyectado tenía tanto que ver con el encuentro de esa noche como un eclipse de sol y un bombero, no titubée en hacer partícipe a la muchacha de la buena nueva.

—Será un placer ese viaje.

Pero el destino ineluctable, la “patilla”, don Ventura...

IV

A la mañana siguiente, y sin que mediara ninguna circunstancia anormal, se decretó el acuartelamiento de la tropa de Carabineros. Mi General debía regresar a la capital la tarde de ese 9 de diciembre con la comitiva que lo acompañó a la inauguración de la Exposición Ganadera celebrada en Osorno, y Santiago, después de dos días festivos, se reintegraba a la cotidiana labor en condiciones absolutamente pacíficas: ni proclamas subversivas, ni motines, hicieron presagiar una alteración del orden público.

Sin embargo, delante de las Comisarías, los camiones de movilización formaban fila, como aguardando órdenes.

Ajeno a la farsa en proyecto, no dí importancia

alguna a un detalle que observé e hice notar a los amigos la noche anterior: la calle Ahumada, en toda su extensión, estaba invadida de agentes de la Sección de Seguridad.

Benicio Troncoso me manifestó que esa tarde circulaba el rumor de que en Pitrufrquén se había descubierto un complot para volar el puente por donde debía pasar el tren presidencial.

—Los eternos rumores—agregó mi escéptico amigo. Después hablamos con Fernando Maira.

—No sé nada; pero, como tú, he notado vigilancia en el Parque.

Y agregó:

—Detrás de mí, los agentes andan como zancudos.

Acontecimientos posteriores vinieron a comprobar: 1.º, que el rumor a que se refirió mi distinguido amigo don Benicio Troncoso correspondía a una ignominiosa farsa fraguada en Pitrufrquén por el agente confidencial, ex agente y chantagista de oficio Guillermo Bustamante Cerda, individuo que torturó a un mozo del club de la localidad, obligándolo a declarar que había sorprendido conversaciones entre el notario y numerosos vecinos relativas al atentado dinamitero cuya burda invención quedó pública-

mente demostrada en publicaciones de prensa; y 2.º, que la vigilancia establecida la noche del 8 de diciembre en las calles centrales de Santiago y el acuartelamiento ordenado el día 9 tendían a hacer verosímil el tristemente célebre atentado del puente del Maipo, atentado que debía perpetrarse para secundar un imaginario motín militar que debió estallar en Santiago y sobre el cual tenía pleno conocimiento el Director de los Servicios de Investigaciones, quien así lo declaró a los redactores de la prensa.

Desde la oficina telefoné a Fernando Maira a fin de saber si éste estaba en antecedentes de alguna novedad, de las que entonces se llamaban novedades de carácter político y que constituían simples hechos de policía. Maira, hombre activo y que por el ejercicio de su profesión visitaba los Tribunales, que es, después del Club de la Unión, un centro informativo de primer orden, pensé que debía estar al corriente de lo que ocurría.

La persona que atendió el llamado me manifestó que el señor Maira no estaba en su oficina y anotó mi número para que éste se pusiera en contacto conmigo tan pronto como llegase. Una hora más tarde pretendí

comunicarme con la casa de la familia Maira; pero el aparato no funcionó.

Al medio día, circuló la noticia de que cuatro señores habían intentado dinamitar el puente Maipo.

—Anoche dijeron que el atentado era en Pitrufrquén; ahora éste, es raro—observé.

Pero mi informante mantuvo la afirmación, agregando que los autores estaban detenidos y que “caerían otros, porque había de por medio una conspiración organizada a base de elementos militares”.

Por la tarde, un ex agente de investigaciones que actuaba como confidencial, completó la información:

—Estos badulaques querían asesinar al Presidente y a las ochenta o más personas que componían la comitiva.

Y cuál no sería mi estupor cuando me impuse de que entre los badulaques figuraban Fernando Maira Castellón, Guillermo García Burr y el General en retiro don Indalicio Tellez.

—Realmente, es curioso: anoche conversé con Fernando Maira. Estaba perfectamente tranquilo. Hablamos de esto y de aquello hasta las once, ¡no puede ser!—dije.

—Así será; pero todo está absolutamente compro-

bado y existen declaraciones de las partes que no admiten la menor discusión.

Guillermo García Burr y Fernando Maira eran amigos míos de muchos años. A ellos me ligaba un afecto sólido, una profunda simpatía. Corrí a la Cámara para hablar con algunos diputados, y luego me llegué a la redacción de "El Diario Ilustrado".

En todas partes reinaba un desconcierto general, y no faltó quiénes dijeran que el Gobierno estaba resuelto a fusilar ejecutivamente a los detenidos.

—¿Y usted qué piensa, Enrique Munizaga?

El jefe de crónica de "El Diario" tendría noticias a las ocho de la noche, hora en que el Ministro del Interior enviaría una declaración oficial a los diarios del país.

—Pobres muchachos: como están las cosas, quién sabe—soslayó el noble y bondadoso Munizaga.

Esa noche no logramos adelantar casi nada.

De madrugada me vine a casa y dormí unas horas. A las 9 concurrí a la oficina, saliendo en seguida en dirección al centro, donde estuve más o menos hora y media.

En la esquina de la calle de Huérfanos y Teatinos me esperaba el teniente de investigaciones don Máxi-

mo Mendelewsky, de quien he hablado en líneas anteriores.

—Mire que es mala leche la mía, señor Ilabaca. Vengo a buscarlo otra vez.

Hice esfuerzos inauditos por convencer al joven y amable detective de que, en realidad, el de la mala leche era yo; pero don Máximo no se convenció, concretándose a decir:

—Usted está incomunicado. Mi Comandante Maturana lo aguarda en su oficina: quiere conversar con usted. Yo creo que se trata de una simple pregunta, y si vamos luego, antes de la doce queda despachado.

—No me diga más, ¡lo sé todo!—dije espontáneamente y sin pretender imitar en ningún momento el tono melodramático de los maridos que en las comedias aparecen enterándose recién de las infidelidades de su cónyuge.

En el trayecto a la Sección, Mendelwsky me habló de las horrendas proyecciones que, a su juicio, habría tenido el atentado del puente del Maipo, descubierto, como se sospechará, al amanecer del 9 de diciembre.

—¡Una chanchada, don Pedrito! ¡Lo que iban a hacer estos bárbaros no tiene nombre!—observó Men-

delewsky.—Mire que si resulta, habrían volado el tren presidencial, los dos puentes, el cerro, el camino.

—¡Qué horror! Un puente tan hermoso... Pero, escuche, ¿piensan darme velas en la procesión?

—No sé; mi Comandante desea, como le dije, hablar con usted. Ha de ser cosa poca: algún dato, alguna pregunta.

Estábamos a 10 de diciembre. Esa mañana me había impuesto por el peluquero y por don Gabriel Letelier de una serie de nuevos detalles relacionados con el catastrófico atentado. Don Gabriel, mientras se disolvía un furúnculo con paños de agua caliente, trajo a colación la cosa a propósito de que yo le dijera que por qué no había acompañado a S. E. en la fructífera y tan aplaudida jira de estudio que acababa de realizar. ¿Pensó el señor Letelier que le deseaba la muerte o pensó que deliberadamente quería relacionar este interesante viaje del Prmier Mandatario con la comisión del más horrible atentado que tenga memoria la historia política de Chile?

¡Había que ser imbécil o un perfecto ingenuo para gastarse bromas de este calibre!

—Yo, antes, servía de freno para evitar que se tomaran medidas arbitrarias con los ciudadanos—pro-

testó, algo alterado, don Gabriel—pero con la infamia de estos hombres se acabó la conmiseración. Frodden está furioso. En el Ministerio del Interior reina verdadera indignación, espanto. Creo que los fusilarán, ¡qué menos!

Media hora más tarde yo, yo, ¡Pedro Ilabaca! . . . Era para morirse de un mal cardíaco.

De camino, al pasar frente casa, rogué a don Máximo que me permitiera enterar a la empleada de lo que ocurría.

—Es esa niña que usted ve en aquella ventana—supliqué, indicándole, en la acera opuesta, la ventana de mi cuarto . . . Mi mujer está fuera de Santiago con la niña mayor bastante grave y yo me he quedado solo con un chico de tres años y la empleada que lo cuida. No hablaré; se trata simplemente de hacerle una seña; creo que con ello no violo la incomunicación.

Mendelewsky no transigió y en un auto en que viajaba el agente Augusto Soto—también de mi conocimiento—hicimos las dos cuadras que nos faltaban por recorrer.

A la media hora de estar incomunicado en la Internacional, comparecí ante el señor Maturana. Don

Ventura, como en otra oportunidad, me estrechó la mano. Estaba de pie delante de un escritorio, sobre una tarima. Tenía el aspecto de un hombre que ha trasnochado honestamente; un aire de cansancio como cuando los maridos asisten a la señora que dió a luz. Sobre la mesa de labor divisé unas fotografías, un mar de rollos de alambre de campanilla y otros objetos menudos. Don Ventura es alto, vigoroso y como estaba sobre altura, me dió la impresión de un hombre fantástico, inconmensurable.

—Señor Ilabaca: usted me va a contar lo que sabe del atentado del Maipo. No trate de engañarme porque le va a ir mal—dijo, después de secretarse con don Luis García Larraín, que entró en ese instante.

—A decir verdad, yo, don Ventura, no sé nada—respondí como el hombre que cae de la luna.—Casi no he leído los diarios de la mañana y sólo conozco el infame atentado por el comentario de calle, por mi peluquero y nada, nada más.

—Usted miente, porque Fernando Maira declaró que usted estaba en antecedentes de todo.

—A mí no me importa lo que le haya contado Maira. Con él estuve la noche del 8; conversamos tranquilamente hasta las once, y le respondo, una persona que

se presenta así, es imposible que horas más tarde vaya a ultimar o a querer ultimar a nuestro gran Presidente, porque creo que eso era la que pretendían.

Don Ventura se esforzó en que yo declarase que Fernando Maira, mi amigo, me había contado "todo". Y lo presentó como un delator, ¡qué gracioso!

Con mucha calma fui relatando todo lo que sabía, a fin de que el señor don Ventura se percatara de que algo olía con respecto a la farsa que se cocinaba en la olla policial. Pedí careo con el delator, probé cuanto podía probar en beneficio propio y en el del amigo; pero el señor Maturana se enfrascó en una extensa disertación en contra de la Masonería y la fraternidad masónica, ordenando después mi retorno en calidad de incomunicado a la oficina, donde estuve 16 horas sentado espantando chinches y semblanteando a mis semblanteadores. En ese cuarto había teléfono; pero no para uso policial, sino para que los agentes y agentas ventilaran sus amorcillos y conflictos domésticos.

A eso de las dos de la tarde, en ayunas, pasé a la oficina del señor García Larraín, jefe de la Internacional. En la pieza no había más luz que la tenue de una lámpara de mesa; una luz verde, misteriosa, o que a mí me pareció misteriosa, por encima de la cual

el hábil pesquisa, rodeado de todo el estado mayor, me fijó sus ojitos penetrantes de orangután onanista.

—Antes que nada, ¿de dónde sacó esos bonos que llevaba esta mañana?

—Eran de mi madre; los llevé a la custodia del Banco para que los depositaran.

—Bueno. ¿Usted es escritor?

—Aficionado; un poco escritor, sí: redacto las cartas de la oficina y contesto la correspondencia particular que suele llegarme de tarde en tarde.

—Pero es persona culta y está obligada a colocarse en el terreno de la realidad. En una hora más voy a interrogarlo: medite la respuesta—ironía de don Luis: ¡que yo meditase una respuesta, sin conocer la pregunta!—De su sinceridad depende que salga o no libre. Ya sabe.

Protesté:

—Los escritores, aún los que hacemos cartas comerciales, vivimos un poco fuera de la realidad, señor. Pero si quiere, interrógueme en seguida: la verdad es una, y luego o en una hora más, contestaré lo mismo.

—He dicho que en una hora más—gritó el testarudo don Luis, ordenando continuara la incomunicación.

Esa tarde, el señor García Larraín me visitó tres veces para insultarme casi exclusivamente. Quería que yo dijese que Fernando . . . ¡bueno, la misma majadería! Y como no le diera gusto, vamos vociferando y alzando al cielo los brazos coléricos.

—Ya, ya va a comenzar a arrepentirse, ¡mal caballero, hipócrita! Tengo todo descubierto. Escuchará a Maira. Lo aplastaré con las pruebas.

Muy vagamente comprendí que mi integridad físico corría peligro; pero no podía mentir por halagar la vanidad cientista del señor García, a quien aguardé hasta las tres de la mañana, resuelto a afrontar el aplastamiento o cosas peores.

Un agente, que supo que yo estaba solo en casa con un chico pequeño, se entretuvo en anunciarme que había incendio y que la propiedad incendiada era la mía. Bueno, el empleo, la casa. ¡Qué paraíso!

A las tres de la mañana conseguí que me trajeran el colchón que mi hermano llevó cuando se impuso del suceso. Descalzo, me estiré; sobre la cabeza tenía una potente ampolleta de luz eléctrica, y luego las chinches. Mi celador, un buen hombre de apellido San Martín—bueno sin ironía, como fueron buenos el agente Morales, el primero Prado, el popular “sorda-

do" Avés y el chico Zúñiga—me entretuvo contándome cosas del servicio.

Acababa de salir una partida de relegados: Ambrosio Montt Rivas, Ernesto Velasco, Armando Maza, el ya popular don Cornelio Saavedra, y la fuga del senador don José Maza tenía revuelto el gallinero de la calle de Teatinos.

A las seis de la mañana se dispuso mi traslado a la cuadra; una pieza desmantelada y amplia, donde suele alojar el personal arrestado. Hacía frío, acaso más frío por efecto de la mala noche que por otra cosa. Sobre un catre de hierro estuve sentado todo ese día. Mi mujer, enterada por la radio de que yo era el cómplice y principal instigador del supuesto crimen, se vino a Santiago precipitadamente. Alcancé a escuchar su voz, entera, firme, y luego unas palabras de protesta muy recias que me infundieron valor.

A la 1 de la mañana, después de un día de ociosidad abrumadora, de torturante inmovilidad, me llevaron a presencia del Mayor don Humberto Fuenzalida. Ante este funcionario presté la última, y puede decirse que la única declaración formal de esos quince días de prisión arbitraria.

Como asesor técnico y testigo en el interrogatorio

actuó el "huarango" Vergara; Fuenzalida preguntaba y don Alberto Rencoret Donoso iba poniendo a máquina las respuestas.

Durante media hora, sin que mediara violencia ni estrosión, escuché la misma mogiganga: "que Maira le contó, que Maira dice" . . . Rencoret, en un aparte, me hizo saber que esta declaración, lejos de comprometerme, facilitaría mi libertad.

¡Tonta majadería!

Rabioso, deprimido, me metí en la cama. Cuando empezaba a dormirme me hicieron abandonar el lecho, diciéndome que iba a ser trasladado a otro sitio de reclusión que ellos ignoraban.

—Perfectamente: aquí dejo mis cosas por si la familia las reclama—dije, previendo una celada.

Cuando me disponía a salir, sonó el teléfono y el oficial de servicio recibió unas instrucciones que me transmitió en seguida: "Hasta mañana no le haremos nada", ordenó en son de chiste. Me acosté de nuevo.

García Larraín vino al día siguiente muy perfumado y zalamero; se interesó por mi situación personal, por mi salud, y siguiendo el torpe procedimiento establecido, prometió:

—En cinco minutos más podrá marcharse. Yo ha-

blaré con mi Comandante en cuanto llegue y todo quedará arreglado.

¿Qué perseguían los jefes de Investigaciones: desmoralizar, intensificar los sufrimientos o simplemente se trataba de practicar un deporte divertido y sencillo?

A los cinco minutos me echaron en un coche, y con Hernán Larraguibel fuimos trasladados a la Escuela de Carabineros, en donde se me despojó de todo, absolutamente de todo, encerrándoseme bajo llave y con centinela de vista en un cuarto del pabellón de oficiales, merced que debo a Guillermo García Burr, quien intervino para que, como a casi todos los demás, no se me enviara al calabozo, especie de tormento chino que recuerda los días en que el "ñato" López dirigió ese establecimiento de instrucción policial.

—Pónganme a mí en un brete de esos—suplicó el valeroso Guillermo, según me enteré después—pero no lleven al gordo, porque es delicado, y agregó no sé qué más.

A pan y agua, mientras muchos de mis compañeros de penuria quedaban tirados en esos calabozos infernales que hay en la Escuela, permanecí tres días encerrado en un cuarto desmantelado, sin que durante

ese tiempo se me proporcionara una mala cama, alimento, ropa de abrigo, un pan de jabón. Como me incomodara el desaseo, solicité un cepillo de dientes; pero tampoco quisieron proporcionármelo.

Un capitán bastante torpe venía dos y tres veces al día a imponerse de si yo no había quitado las barras de hierro que, atornilladas en la ventana, imposibilitaban la evasión. Alto y gordo, mi Capitán no disimulaba su mal humor, y cuando se iba, lo hacía golpeando las puertas en forma por demás grosera.

Este temperamento era inusitado, ya que es fama que en la Escuela de Carabineros los detenidos políticos gozan de toda suerte de consideración.

En la tarde del tercer día de permanencia en la Escuela y sexto de incomunicación, sin que pasara a disposición de ningún tribunal competente ni se me dijera en virtud de qué orden estaba detenido, escuché un tumulto en los pasillos y luego voces de mando, tintinear de espolines, ruido de armas. Un joven oficial me hizo salir, enviándome al cuarto de guardia, donde el teniente de servicio me entregó el sombrero, el cuello y la corbata, quedando las demás especies que llevaba retenidas en el establecimiento.

Hasta ese instante, con excepción de Guillermo

García Burr, Fernando Maira, Raúl Palazuelos y Hernán Larraguibel—que conocí durante el traslado—ignoraba quiénes figuraban en la nómina de los dinamiteros.

Conducido del brazo por un carabinero, llegué a la góndola que nos esperaba frente al cuarto de bandera. La guardia formada daba al espectáculo un carácter impresionante. El señor Coronel Delgado, Director de la Escuela de Carabineros, dirigió personalmente el embarque, fusta en mano y vestido con una blusa de campaña primaveral y amplios fundillos de equitación. Los detenidos éramos quince y con nosotros iban quince carabineros armados, un oficial y un sargento.

A Gregorio Meza, don Goyo, el hombre de las actitudes trágicas, se le extravió un poncho de castilla, circunstancia que indignó al señor Coronel, quien, enarbolando la fusta, redujo al revoltoso. García Burr, en un momento de confusión, dice, dirigiéndose a mí, que ocupaba un asiento inmediato:

—Gordo, ¿tú sabes por qué nos han metido en esta infamia?

—Eso—respondo — nos corresponde averiguarlo cuando salgamos, si algún día logramos salir de aquí.

—Dicen que el negro Maira declaró que él nos había contado lo del atentado.

Fernando Maira, asomando la cabeza por entre los dos carabineros que lo conducen, al fondo del autobús, alcanzó a decir, con voz clara:

—Es cierto: yo declaré eso y si mañana me obligan a declarar en contra de mi madre, lo hago, porque después de una hora en que de un puntapié me sentaban y de una bofetada me hacían poner en pie, uno es capaz de decir las mayores infamias.

La incógnita quedaba perfectamente resuelta. Pero, lo confieso, mirando los rostros demacrados de esos muchachos, sentí deseos de llorar. Maira, García Burr, Palazuelos, Carrasco, Saavedra, todos muy hombres, muy enteros, demostraban señales claras de los sufrimientos físicos que les infligió el personal de investigaciones. Meza, en medio de grandes exclamaciones, elevó una protesta que en ese momento no tenía gran aplicación:

—Hay que irse de esta tierra, compañeros. Da vergüenza ser chileno.

La góndola partió rápidamente, tomando por la Avenida Manuel Montt. Ignorábamos qué suerte íbamos a correr y el lugar de nuestro destino. Mi custo-

dio, mientras yo luchaba por colocarme el cuello, informó en tono misterioso:

—S. E. ordenó encarpetar el proceso. Mañana ustedes salen para Pascua. La familia ya está avisada.

Después de todo, a mi me pareció que la Isla de Pascua era menos terrible que quedar en manos de esa gentuza de la policía. Los pascuenses son canacas y los policías policías.

Al anochecer llegamos a la Cárcel Pública. Un grupo de curiosos y de reporteros aguardaban a la puerta. Alcancé, de paso, a saludar a don Manuel Aránguiz, el diligente y servicial redactor policial de "El Diario Ilustrado", a quien acompañaba el poeta Oscar Lanús, de "El Mercurio". Por don Marcos, la familia consiguió orientarse un poco y cuando menos saber que estaba vivo, lo que no era poco consuelo. Los fotógrafos encendieron el magnesio, y en seguida fueron abriéndose para nosotros las espesas y rechinantes rejas que dan acceso a la prisión. Con paso vacilante, enceguecidos, trepamos una escalera, y aguardamos al final que se nos pasara lista, quedando desde aquel momento bajo el control del personal de la Cárcel.

Los reos, a esa hora, cantaban unas cosas muy tristes, casi aterradoras.

Yo llevaba tres noches sin dormir cuando me metieron en la celda número 458 de la galería número 3, o de los incomunicados, o de las chinches. Trataba de orientarme dentro del sucucho infecto, cuando se abrió la puerta:

—Salga; póngase ahí. Levante los brazos.

Obedecí como un autómatas. Un sargento me quitó los anteojos, los suspensores, los cordones de los zapatos. Fué tentándome minuciosamente por todas partes hasta obligarme a que diera vuelta los calcetines para constatar si no llevaba hojas "Gillette".

—Está prohibido hablar, fumar, cantar. No puede subirse a la ventana—un pequeño cuadrado protegido por espesos barrotes a unos dos metros de altura—y sólo en casos graves le está permitido llamar al centinela.

—Muy bien, mi sargento, gracias.

Dos veces más se abrió la celda esa primera noche: una para obligarme a asear un tiesto sucio que había tirado en un rincón; la otra para ofrecerme agua. Bebí como las bestias, hundiendo hasta la nariz dentro del balde de latón.

Cuando me quedé solo, fuí, poco a poco, perdiendo la noción de la realidad; era un desconectado absoluto,

casi un naufrago de mí mismo. Una repisa de fierro y un camastro o parrilla sujeta al muro por dos cadenas de anillos muy fuertes decoraban la celda. Por el ventanillo se filtraban los reflejos de las luces del patio. Durante la noche oí repiquetear muchas veces el teléfono de la guardia. Cada campanillazo era una posibilidad de que aquel infierno terminase. Pero sobreveníá el silencio y entonces experimentaba unos deseos desesperados de gritar, de estrellarme la cabeza contra el muro.

Cuando me rendía el cansancio, me sentaba al borde de la parrilla de acero, y cerrando los ojos, entrevía la vida lejana, soñaba con los míos.

¡Noches inolvidables de locura y espanto! Noches sin fin; noches de desesperación, de ira, de impotencia!

A flor de piel, por el rostro, sentía escurrirse los bichitos y una sensación febril aumentaba el malestar.

La claridad de la mañana era el único consuelo. Me entretenía leyendo las inscripciones que había en la pared: "Adela", "Dios es justo", "Día por día me siento desde todo punto de vista mucho mejor", "Madre mía, perdóname", "Fuí malo" . . .

En esos caracteres había de todo: cinismo, amor, bondad, arrepentimiento, y, por encima, dolor, mucho dolor.

A la segunda noche me dobló el cansancio y caí al suelo. Un sargento, que vino corriendo, me ofreció de balazos, porque pensó que yo había trepado a lo alto de la ventana.

—La muerte sería lo mejor, ¡dispare!—dije con absoluta sinceridad.

El crepúsculo de la noche era horrible. No había ocurrido nada durante el día y nada podría ocurrir hasta que aclarara, y eso, si se presentaba alguna novedad.

Cuando se cumplieron nueve días de incomunicación, recién comparecí ante el Fiscal Militar. El Mayor don Belisario Bruce me leyó mi declaración del 11 de diciembre y después de ratificada, ordenó se me pusiera en libre plática, sobreseyendo en seguida, por no haber méritos en mi contra.

Esa misma tarde hablé con mi mujer, con mis hermanos. Me pareció un sueño todo aquello. Por ella supe del manifiesto de los escritores, de esa noble página de solidaridad; supe que no estaba solo, supe todo lo que puede iluminar una conciencia.

Tres veces por semana, durante cinco minutos, se me permitió hablar con los míos. Pero continué incomunicado en mi celda hasta que al anochecer del 24 de diciembre el Ministro de la Corte de Apelaciones don Ernesto Bianchi Tupper, que conoció el proceso después de declarada la incompetencia de la autoridad militar, me puso en libertad sin tomarme declaración, como antes había ordenado la libre plática y pedido el sobreseimiento don Belisario Bruce.

En el locutorio logré hablar, de paso, con muchos de los reos políticos que estaban en la Cárcel desde el 11 de septiembre: Horacio Hevia, Luis Alamos, Humberto Mardones, Carlos Jara Torres, Arturo Olavarría, Enrique E. Guzmán, Carlos Souper.

Una mañana se nos prontuarió, y ¡maravilloso deporte!, el encargado de la faena nos hizo saber que al siguiente día saldríamos todos con rumbo al Ecuador.

Por la tarde, la Andes Film, por orden del Gobierno, impresionó una película con nosotros.

Esa fué la última bestialidad de que se nos hizo víctima en ese hacinamiento de bufonería trágica.

A los que no fueron sobreseídos definitivamente,

a los flagelados, se les relegó al Aysén antes de que se fallara el proceso, y Guillermo García Burr, absuelto por el Fiscal Militar y por el Ministro, sufrió una deportación al extranjero.

Los demás nos fuimos a nuestras casas.

Entre los dinamiteros figuraban Fernando Alonso Méndez, Héctor Saavedra, Alberto Pepper Castellón, Luis Cea Oliva, Ramón Carrasco Valdés y Luis Castro Miranda.

Norberto Werth, el despreciable escenógrafo de la pantomima, cayó detenido por orden del señor Bianchi Tupper y excarcelado por la Sección de Seguridad cuando el señor Bianchi, cediendo a la presión de las autoridades, abandonó momentáneamente el sumario.

Pero, ¿y el complot militar? La habilidad de los investigadores no llegó a darle forma ni con la detención del General don Indalicio Tellez, ni con la presunta complicidad del General don Juan de Dios Vial, anciano respetable y digno acreedor de la admiración de los chilenos, a quien se obligó a comparecer ante la policía, ni con las torturas inflingidas a Carrasco, a fin de obtener una declaración que com-

prometiera al Coronel Prefecto de Carabineros, don Manuel Concha Pedregal.

Si el señor Maturana estaba en antecedentes de cómo iba a fraguarse el atentado, si siguió paso a paso a los autores, ¿a qué someterlos a flagelaciones indignas de gente civilizada? Bien sencillo: la policía quería comprometer en la mascarada a todos aquellos políticos que obstaculizaban los designios del dictador: a los señores Alessandri, al doctor Scroggie, al propio don Agustín Edwards, ausente en el extranjero.

Cómplices despreciables del despreciable Norberto Werth fueron los que desde las columnas de "La Nación" y "Los Tiempos" explotaron el presunto crimen en favor del omnipotente Mandatario y General.

A los supuestos protagonistas, a los que sufrieron torturas físicas y todo el peso de la infame acción policial, les corresponde escribir la verdadera historia del falso atentado.

Yo, modesto miembro de la "patilla", no pierdo la esperanza de leer alguna vez ese libro instructivo y revelador.

Así al menos sabré a qué atenerme y no tendré que

sufrir la vergüenza de andar diciéndole a la gente que leyó "La Nación" de esos días que es mentira que yo fuese el jefe de la banda, el instigador.

¡Porque mire que hay que ser mal jefe para que hasta ahora uno no haya podido enterarse de lo que hicieron esos muchachos, ni de cómo pasó lo de la dinamita, ni nada! . . .

V

Entre la noche del 24 de diciembre, en que abandoné la prisión, y el día 26 no ocurrió nada de particular. Amigos, y aún personas a quienes apenas si conocía de presentación, vinieron a casa para significarme su adhesión por la actitud torpe y desgraciada que tuvo para con nosotros la policía, y los que contribuyeron en alguna forma a dar realidad a la farsa que encerraba el bullado proceso.

Ismael Valdés Alfonso, el Mahatma Gandhi de la India, como lo llamó Chamudez; ese valeroso defensor de las libertades públicas y de la pureza administrativa, pensó que los afectados debíamos recurrir en grado de queja ante el Presidente de la República.

—No, Ismael, es perder el tiempo. S. E. está im-

puesto de todo por Héctor Boccardo, que nos visitó en la Cárcel en compañía de don Fidel Muñoz Rodríguez. Un amigo, que presenció la entrevista que tuvo el primero con el señor Ibáñez, me contó que éste se negó a dar fe a las palabras de Boccardo, y como insistiera, S. E. llegó a la grosería. Ibáñez oye cuando le conviene y no cree a los amigos que tratan de abrirle los ojos. Usted debe recordar el asesinato del portugués López da Silva, perpetrado por la Sección de Seguridad. El Presidente, en lugar de castigar a Salvador Orellana y a los agentes que lo acompañaban, les otorgó un ascenso. Y ¿qué sacamos entonces con protestar y pedir que se hiciera luz en el asunto? Nada, o tal vez persecuciones.

Días más tarde los hechos me dieron la razón: Maturana, Fuenzalida, García Larraín, Mendelewsky y numerosos empleados de la Sección obtuvieron un ascenso, y recompensas en dinero, Norberto Werth y los tres agentes que, disfrazados de areneros, cooperaron en la pesquisa.

Cuando creí terminado el aprendizaje como postulante a la orden de la patilla, salí a la calle, resuelto a afrontar la situación que pudiera haberseme creado dentro de la oficina.

Pero la desilusión no tuvo límites cuando comprobé que me seguía un tipo de la Internacional.

Calañés Príncipe de Gales, el pañuelito de color volcado fuera del bolsillo superior del saco, los pantalones oxford, el eterno periódico. Bueno, más claro échenle agua—pensé, loco de furor—y por la manera aparatosa con que el pobre trataba de disimular su presencia, calculé que debía ser un aspirante o agente tercero cuando más.

Un momento me sedujo la idea de escribir al señor Maturana, representándole la humillación que significaba para un hombre recién prontuariado y dos veces detenido, el hecho de que se le colocara bajo la tutela de un empleado que seguramente no tendría hechas pesquisas brillantes ni habría tomado parte en flagelaciones, detenciones arbitrarias u otras medidas de este género.

Estos pesquisas noveles son los más peligrosos porque tienen que hacer méritos para ascender, y como no siempre eso es posible, los hacen a costa de uno, presentándolo como conspirador recalcitrante, como un monstruo de la civilidad.

A las personas que se acercaban a mí para conocer esos detalles que yo tampoco conocía del atentado del

Maipo, les hice ver que iba vigilado en pésimas condiciones, y así logré llegar hasta donde mi superior jerárquico, quien me dispensó bondadosa acogida, y de paso, algunas sorpresas preñadas de sabor humorístico.

—Claro, usted es inocente: no necesita decirlo. Pero está suspendido y no volverá a la oficina sino hasta cuando no consiga el visto bueno del Presidente de la República.

—Mi general no tiene por qué mezclarse en estos hechos de policía: es un Mandatario trabajador, ecuánime . . .

—Sí; pero, en dos ocasiones, por intermedio de Viaux, me pidió que lo echara.

—Mi bondadoso jefe le guarda las espaldas a mi General Viaux, pero Ud. le ha descubierto el truco, y ya que sé quién es el acusador, quiero significarle que cuando el Presidente me echó al agua, me defendí y no pasó nada. Bueno, si no pasó nada entonces, ¿por qué se toman medidas extremas ahora que judicialmente he probado mi inocencia?

—Consultaré. Es delicado tener en la oficina a jóvenes que no apoyan al Gobierno.

—Muy bien, señor. Le guardaré el secreto.

Y me eché a la calle a respirar el aire puro de la ce-

santía. Mi jefe directo era un hombre demasiado sensible y justo para que fuera a amargarle la existencia con una visita que tenía que causarle la más penosa impresión. De acuerdo con el Manual de Carreño, tampoco estaba obligado a pagar una visita que él no me hizo ni cuando estuve detenido, ni después.

No, ¡pobre caballero! Con esos bigotazos no hay derecho alguno para causarle una aflicción de esta magnitud. Me quiere, es impresionable y con estos nervios que me gasto, se va a armar una escena patética que sumada a todas las del pasado, no resistiré—me dije—llegándome hasta el Bar Alemán en procura de un shop o de cualquier refrescante apropiado a la magnitud del momento que vivía.

Muchos que antes eran amigos míos dejaron de saludarme y, en cambio, otros que no lo fueron, me buscaban la cara para saludar.

En casa, con la espantable lucidez que uno adquiere en los momentos trágicos, anuncié a los míos el desenlace del archivero:

—Consumatum es . . .

Lo dije fríamente, conscientemente. Pero mi mujer se indignó no sé por qué.

—Tú eres un idiota—dijo, a tiempo que yo reini-

ciaba la lectura de un delicioso librito de Anatole France, que me acompaña en mis noches de insomnio y tribulación.

—Es cierto—balbucí, condescendiente;—pero cada cual hace lo que puede y no todos piensan como Swet Marden “que puede el que cree que puede”. Esas son paparruchas.

Perdida mi autoridad moral, recité, como acto de humildad, un pasaje del sabio y justo Anatolio: “Realmente parece que los hombres se hacen desgraciados por la opinión exagerada que tienen de sí mismos y de sus semejantes, y que si se forjasen una idea más humilde y más verdadera de la naturaleza humana, serían más afables para el prójimo y hasta para sí mismos”

En esta parte de la lectura irrumpió la criada, quien vino a anunciar la visita del señor Cárcamo o Cárdenas, no supo explicar bien.

—Que pase; voy en seguida.

Don Carlos Cárdenas hizo conmigo un curso nocturno de contabilidad en el Instituto Comercial; curso en el que si no aprendí nada, gané al menos un amigo fiel, porque Cárdenas, que después se hizo agente de la Sección de seguridad, dió en visitarme diariamen-

te en la oficina, en casa, en todas partes. Cuando trabajábamos con Jenaro Prieto solía venir hasta dos veces al día, eligiendo, por regla general, como tema de conversación, la crítica al Gobierno, o a su jefe, don Ventura Maturana. El muchacho era algo temerario en sus juicios. Yo procuraba disuadirlo de la mala impresión que tenía formada acerca de la política económica del Gobierno y particularmente en cuanto se refería a sus jefes.

—No sea pesimista, Carlos. Chile tiene inmensos recursos económicos que agotar antes de que lo hundan. El señor Ramírez, con el superávit y don Ventura con los métodos científicos de investigación garantizan la tranquilidad por muchos años.

Pero ni el calor de mis convicciones ni todos los argumentos que puse en juego, me libraron de caer detenido. Cuando ocurrió esto, lo primero que hice al llegar a la Sección fué preguntar por mi amigo Cárdenas, pensando que él podría aliviar mi aflictiva situación; pero tuve mala suerte, porque la primera vez el muchacho andaba en los Cerrillos y la segunda creo que en Quillota.

¿Una coincidencia desgraciada? Nada más; de otro modo él no habría continuado visitándome.

Por Cárdenas me imponía de quiénes estaban vigilados, de cuándo iba a estallar alguna revolución, de la condición de mis amigos presos y de otra serie de cuestiones relacionadas con la alta política.

Laborioso, mi ex discípulo solía encargarme que le guardara las proclamas que personas bondadosas solían enviarme por correo. Siempre que pude satisfaciera tan justo anhelo, y Cárdenas retribuyó el servicio con innumerables demostraciones de simpatía.

¡Qué hombre! Cuando la fuga de José Maza, muchas tardes vino a solicitar mi modesta cooperación.

—¿Dónde estará este caballero? ¿No tendrá querida?

—¿Querida? Cómo se le ocurre, Carlos. Don José es persona muy decente.

Cárdenas fué mi compañero en esas horas de incertidumbre que antecieron a la catástrofe de diciembre. El y un jovencito que limpiaba las máquinas de escribir sobre una mesa colocada entre mi cuarto y el de Jenaro Prieto, fueron mi consuelo entonces. El joven mecánico resultó agente de la Sección, y un día, sin decir chus ni mus, emprendió la retirada con su maletín debajo del brazo.

Esa visita de Cárdenas en mi casa me trajo a la cesantía una serie de simpáticos recuerdos.

—¿Qué tal, Cárdenas; cómo está usted? ¿Ha tenido noticias del señor Maza, de don Lucho Salas?

—No; venía a felicitarlo por su libertad. El señor Mardones se acuerda mucho de usted, y a propósito: don Fernando Maira—qué caballero más loco—se nos escondió cuando fuimos a tomarlo para que se fuera al Aysen, ¿usted no sabe dónde estará?

—No sé nada, ni me interesa.

—Es cierto; pero mire: el señor Maira, su amigo, antes de salir, declaró que usted era el autor de las proclamas, que usted las repartía, ¿ha visto qué manera de embromar?

—Maira no ha declarado nada.

—Así será; pero el boche está que se arde. García Larraín piensa detenerlo a usted esta noche. Es un imbécil: ahí el que vale es el gringo Mendelewsky.

—¡Mi amigo Mendelewsky! Ya lo creo.

Nos despedimos de Cárdenas y por aquello de que hombre prevenido nunca es vencido, esa misma noche me puse al habla con mi amigo Rafael Ibarra Loring.

—¿Hombre, qué hago?

—¿Tienes pistola?

—No, y, además, no me serviría de nada. Me la quitarán.

—No te preocupes; yo esta noche arreglo el coche y mañana, a las seis de la mañana, estoy en tu casa.

—Eso me parece mejor que la pistola. Te espero. Y a las seis me escapé al sur.

VI

A la vera del Maule, en la casona hospitalaria del poeta Jorge González Bastías, conciencia ecuánime de escritor y de caballero, viví unos días de noble recogimiento que aproveché para reanudar mis lecturas y escribir algunas notas en alabanza a la paz campesina y a la amistad.

Como un buen burgués acéfalo y en bancarrota, salía a caballo, remaba en el río maravilloso y hasta alguna vez intenté cazar conejos en el monte.

Por comunicaciones familiares, que recibía en clave, logré informarme de que la salud de mi General Ibáñez no había experimentado ninguna alteración desde que abandoné la capital. "El Gobierno cada día más firme: hubo ayer una copiosa deportación de parla-

mentarios y el Ministro Frodden anuncia algunas prisiones para fines de la semana”—decía una de las misivas.

Los peraparativos de la vendimia absorbían mi tiempo, y así se lo manifesté a los que por halagarme, hablaban de la suerte de los parlamentarios presos.

“Son hijos de mi General: que sufran”.

El crimen misterioso en que anduvo mezclado el chino Van Loc enturbió fugazmente esas horas de dulce despreocupación. Pero en seguida nos enteramos de que el señor Maturana tenía cogidos los hilos del asunto, y respiré.

En febrero hubo concentración familiar y avancé a Constitución, que es un balneario tranquilo, económico y poco socorrido por los agentes de pesquisa. Allá me impuse de una nueva victoria alcanzada por el personal a cargo del Comisario don Luis García Larraín.

Al decir de los diarios, un grupo de detectives consiguió aprehender en el hall del Correo Central a unos individuos cuya pista venía siguiéndoseles pacientemente desde varios días atrás y que eran portadores de proclamas sediciosas, unas dirigidas al Ejército y otras al público en general. En las destinadas al público, los malvados lesionaban la honorabilidad del a la razón

pundonoroso Ministro de Hacienda, señor Castro Ruiz.

El procedimiento de las proclamas era tan condenable como los móviles, y si la Sección comprobaba la comisión de tan infame delito, parecía justo que los autores recibieran un castigo ejemplar, para escarmiento de bochincheros y sanción de los difamadores de oficio. Personalmente me convenía que el asunto quedara en claro, porque así se disiparían las dudas que pesaban sobre este modesto servidor.

—Que el que la haga la pague, muy bien. Así los ciudadanos honrados y pacíficos podremos vivir en paz—dije en rueda de amigos.

—Ya lo creo— observó el boticario— ¡y proceder con mano firme para que de una vez termine esta inquietud que está arruinando al comercio!

El juzgamiento de los detenidos iba a verificarse de acuerdo con los preceptos legales que contemplaba la flamante ley del "Ajicito", y esta circunstancia contribuyó de un modo poderoso a exacerbar los ánimos de cuantos aguardábamos conocer el fallo del docto tribunal.

—¿Qué dice usted? ¿Los fusilarán?

—Es probable; la ley no se queda en chicas.

Así las cosas, en el Correo del pueblo, un vecino que acababa de recibir su periódico, leyó una tarde la información de marras.

Otra desilusión más; los nombres estaban bien claro: Manuel Merino Ezquivel, Jenaro Prieto, Julio Lezaeta.

¿Jenaro Prieto redactando proclamas en una máquina de escribir portátil, marca Corona? Manuscritas, era posible que alguna vez hubiese redactado una que otra. Pero a máquina, no.

Necesariamente, tenía que haber gato encerrado. Así lo grité en el Club:

—Prieto no escribe a máquina por ningún motivo. En la oficina, cuando mi bondadoso jefe le encomendaba trabajos a máquina, los hacía yo; y si yo no estaba, Jenaro se iba donde una señorita para que hiciera las copias.

—Pero lea este considerando, compañero. Impóngase de la declaración de su amigo.

—Si ustedes conocieran la historia del Puente Maipo!

Y no debía andar tan descaminado, porque mi General, que no se distinguió por la benevolencia, a los

ocho o diez días procedía a indultar a los afectados, mal que éstos protestaran.

La noche que llegué a Santiago, Manuel Vega me telefoneó a casa.

—Veguita, ¿qué dice?

—Que indultaron a Jenaro. Pero su amigo el Ministro dijo hoy en un consejo de Gabinete que el culpable era usted, ¿me oye?

—Sí, Veguita; ¡qué tontería!

—Es dato oficial emanado de una amiga del Ministro.

—De manera que después de treinta y dos considerandos y mediada confesión, el juez condena a un hombre que no es culpable? Para eso no valía la pena ir de veraneo.

—Pero es así.

La notoria maldad de los hombres que dirigían la cosa pública degeneraba ya en un cretinismo inapelable.

Me dejé estar.

Algunos días me ponían vigilancia; otros no. Pensé buscar trabajo. Pero en vano: las personas que podían ayudarme, unas estaban en Aysén, otras en la

Escuela de Carabineros o en la Cárcel, y las más calificadas en la Argentina.

Para charlar y matar el tiempo, tenía que recurrir a los bares de la calle de San Pablo, donde llegaban los agentes de la Sección de Investigaciones a beber su copa.

—Cuidado, amigo, evite esas juntas, mire que en otra voltereta de la tortilla usted va a figurar como confidencial—observó un amigo.

Era verdad, pero, ¿cómo emborrachar esas noches de abandono?

El señor Ministro de lo Interior, vista la mala voluntad que me profesaba mi General, hizo por cuenta propia algunas gestiones a fin de obtener que se me restituyera el empleillo. Empero, don Carlos fué implacable y mi pobre jefe no resistió la presión.

Recorrí las oficinas y los periódicos con mal resultado: "Lo tendremos muy presente; un joven meritorio como usted debe ocupar una situación espectable", me decían casi unánimemente.

Inter tanto, de tarde en tarde, concurría a una confitería de la calle Ahumada, donde iban Carlos Varas Oleo y Gabriel Amunátegui, ambos jóvenes influyentes a tomar el té. Ellos solían invitarme con una taza

de café negro, y charlando, oyendo música, mirando las niñas, se nos iban los minutos agradablemente.

No recuerdo en qué circunstancia aparecieron por ahí don Humberto Fuenzalida y el señor García Larraín.

—¿Qué te parece, Carlos?

Como ellos nunca habían estado preso, se echaron a reír.

—Bueno, yo creo que es un deber de conciencia que les advierta que no es tranquilizadora la presencia de estos distinguidos funcionarios—dije.

Y no sé, cuando a mí me da una corazonada no fallo. No es petulancia, ya verán.

VII

En vísperas del 21 de Mayo, cuando los chilenos nos disponíamos a celebrar la efeméride más gloriosa del calendario nacional, el Primer Magistrado sufrió una crisis violenta, que tuvo su origen en dificultades suscitadas en el seno del Colegio de Abogados, y que culminó con la deportación de los señores Alessandri Rodríguez, de paso en el país; Cornelio Saavedra, Ismael Carrasco, Raimundo de la Cruz, Arturo Scroggie, Ismael Valdés Alfonso, Osvaldo de Castro, Humberto Mardones. La policía detuvo casi al mismo tiempo a los doctores Luis Prunés, Héctor Orrego Puelma y Jaime Pinto Riesco, el decidido estudiante de medicina que meses más tarde pagara con sangre generosa su ardor revolucionario, y mediante una es-

trecha vigilancia y prudentes amonestaciones puso en jaque a los diputados González y Santiago Wilson.

Un periodista requirió al señor Frodden para imponerse de si estas medidas correspondían a una realidad que afectara a la estabilidad del Gobierno o si simplemente tenían un carácter preventivo.

—Estamos dispuestos a hacernos respetar; por ahora hay preparado entierro para cinco mil personas— manifestó el jefe del Gabinete.

El muchacho, impresionado por las palabras del señor Ministro, corrió a comunicármelas:

—No salga de casa, compañerito; entre cinco mil, no hay esperanza de que se escape.

—Sí, eso es cierto. A lápiz, allá por el número 4,999 o al final, anotarán mi nombre, no cabe duda.

Corrí disparado en busca de Desiderio González Ossandón, para ver si éste, que tenía muy buen olfato para candidatear víctimas, estaba en antecedentes de algún hecho que pudiera perjudicarme.

—Tú aquí; ¡¡pero si yo creía que estabas preso!!— exclamó Desiderio tan pronto me divisó.

¡Malísima señal! Pedí unos libros prestados y me encerré pacientemente en mi cuarto aguardando que amainara el temporal.

Pero los que alguna vez han tenido que ocultarse saben lo incómodo que es eso. Como los fumadores que abandonan el vicio del cigarrillo, uno comienza a sentir unos deseos terribles de lanzarse a la calle. Se crea problemas cuya solución está en la calle. La calle acaba por ser un vértigo, una desesperación.

Mi mujer, que no estaba enterada de la verdadera situación, precipitó los acontecimientos.

—Ese colmillo, si no vas donde el dentista que te lo cure, se te va a caer. Sal, procura que te vean; busca trabajo.

Muy razonable, muy puesto en razón y lo que se quiera; pero, pero...

La mañana estaba nebulosa; iba sin abrigo, pensando que la caminata, aunque lenta, me haría reaccionar después del baño helado, cuando al cruzar la esquina, frente a casa, irrumpe un automóvil. Instintivamente me agazapé en el marco de una puerta. Laureano Sepúlveda, Inspector de Investigaciones, asoma en la portezuela y me invita a subir.

—Diga en qué puedo servirlo, Laureano; estoy a sus órdenes.

El pícaro, como la cosa más natural del mundo, insistió:

—Ya le explicaré; venga conmigo.

Y cuando me siento a su lado, me comunica que debo ir a Investigaciones.

—Antes, si me lo permite, cogeré el abrigo.

Pero el coche, sin dar tiempo para nada, emprende la marcha y yo me consuelo de la compañía de don Laurea—que parece hondamente impresionado—fumando cigarrillos. En la Alameda, recién, pedí una explicación:

—Usted no me lleva a Investigaciones, Sepúlveda; esto es poco serio.

Confundido, el Inspector explica que antes necesita ir por ahí. Esto ya me parece más razonable y me dejo llevar.

Como la prensa matinal seguía dándole carácter novelesco al incendio de la Universidad Católica, ocurrido la noche anterior, supuse que pretenderían hacer de mí un incendiario. En mis correrías por las redacciones de los diarios solí divisar a don Carlitos Casanueva y como tengo la costumbre de descubrirme ante los sacerdotes, no tenía nada de particular que esta circunstancia indujera a error a los detectives que andaban prevenidos en mi contra después de la metida de pata que todos conocen.

¡Ayer lo del Maipo, ahora la Universidad: bueno, error más o error menos, no hace al cuento!

Meditando en estas cosas llegamos a la Escuela de Carabineros, donde se me despojó de un cuento que llevaba en el bolsillo y de un cortaplumas. Don Laureano, siempre muy contrito, me estrechó la mano, prometiéndome que daría parte a la familia del triste suceso, cosa que no hizo, por olvido quién sabe.

Pasé a ocupar un cuarto del pabellón de oficiales, donde se me notificó que debía aguardar órdenes. Al cruzar el pasadizo divisé a Julio Lezaeta, a Gabriel Amunátegui, a Jorge Neut y luego a mi inseparable compañero Justiniano Sotomayor. Este, como un aperitivo reconfortante, gritó de pasada: "Nos llevan a Pascua".

Había olvidado lo del encuentro de la confitería, y hasta las cuatro de la tarde, venciendo el frío y la nostalgia de libertad, me ocupé en preparar mi defensa en relación con el siniestro de la Universidad Católica.

Pero nadie me preguntó nada ni se ocupó de mí hasta esa hora, que fué cuando entró don Alberto Rencoret Donoso a notificarme que por orden superior debía esa misma tarde dirigirme al Aysén.

—¿Sin dinero ni abrigo? No es posible. Facilíteme los medios de comunicarme con alguna persona que dé aviso a casa.

El señor Rencoret condescendió, y a las cinco me comunicaba telefónicamente con los míos. Ni en la Intendencia, ni en el Ministerio del Interior, ni en la Dirección de Carabineros ni en la de Investigaciones tenían la menor idea de que un caballero tan tranquilo como el que esto escribe, pudiera estar preso y menos que fuesen a desterrarlo.

Precisar la hora de la partida resultó otra complicación: el Mayor Rencoret supuso que saldríamos a las cuatro de la mañana, un Capitán de la Escuela pensó que el desenlace ocurriría a las 10 de la noche.

A las 7, sorpresivamente, apareció el gordo Thesada con tres agentes y casi en seguida nos metieron en los coches de la Prefectura, partiendo en dirección a San Bernardo rodeados de numerosa escolta.

Julio Lezaeta quedó en la Escuela de Carabineros, en calidad de incomunicado.

Como espectáculo, el de esa primera etapa fué insuperable: ocho o diez agentes atareados en no dejarnos ni resollar; ¡a guardia formada, señoras que daban voces; el Mayor Serrano y el imponderable

"huarango" Vergara corriendo de un lado para el otro. Y encima las maletas que no cerraban bien, y el poncho que no cupo dentro de la balija.

A setenta kilómetros por hora, más que un viaje de gente honrada, aquello parecía una fuga folletinesca.

Pero íbamos alegres. La escena de la despedida casi no tuvo aplicación en medio de ese conjunto de circunstancias ridículas.

Mi mujer me alcanzó a decir que se me acusaba de conspirar en el Lucerna y, además,—¡yo que en mi vida he sido literato!—de ser el autor de una Canción Nacional Reformada.

—¡Y reformada todavía, es el colmo! Lo del Lucerna pase, pero lo otro me parece una suposición y nada más.

En el tren Gabriel Amunátegui retorizó elocuentemente nuestra condición de deportados. Justo Mayor, ingenioso, optimista, hacía chistes a costa del Primer Mandatario, mientras Neut fumaba su pipa, narrando anécdotas de la guerra y de su ya larga y accidentada existencia de agitador de multitudes.

Amigos por afinidad de ideas, a la altura de Rancagua la charla se hizo general. Algunos viajeros, des-

afectos al régimen, nos brindaron golosinas, tabaco, y luego un señor llevó su obsequiosidad hasta brindarnos una damajuana de chicha que costó la alegría de esa larga noche de vigilia.

Siempre en son de discurso, el elocuente Amunátegui nos convenció de que éramos los héroes sublimes de la hora caótica por que atravesaba la vieja República.

—¡Ustedes han visto qué despedida, qué homenaje! . . . Oiga, Neut: cuando Ibáñez se dé cuenta de la indignación que ha producido nuestro destierro, tendrá que arrepentirse—afirmó Gabriel, afirmándose sus verdes gafas sapientes sobre su nariz de conspirador lírico.

Ligeramente escéptico, con un claro sentido de la realidad, Jorge Neut se sonríe, erizada su crespina melena de abate laico.

—Claro que ha sido un éxito—dice.

Sotomayor, el bohemio de las deportaciones, tendió el hilo de su simpatía contagiosa a lo largo del convoy y aún de las estaciones, donde, según Gabriel, se nos vitoreaba frenéticamente.

El gordo Thessada y los tres agentes: Berthon, Va-

lencia, Saldívar, procuran armonizar el cumplimiento del deber con la cortesía y benevolencia que se debe a los cuatro pacíficos ciudadanos que custodian.

—¿Un vaso de chicha, Thessada?

—Soy diabético; pero peor es morir de sed que azucarado—contesta nuestro jefe accidental. Y empuja el codo, sin extralimitarse.

Muy fraternal y humano, Alberto Walker, en Temuco, donde edita "El Diario Austral", nos dispensa atenciones que nunca podremos olvidar.

La gente acude a las estaciones a ver pasar deportados. Es un espectáculo como cualquier otro. Se nota inquietud, disconformidad. En todas partes escuchamos la misma pregunta: "¿Qué ocurre en Santiago, se prepara algo?" Sotomayor inventa alguna historia espeluznante. Nosotros, con menos imaginación, callamos.

Pasan las horas, los kilómetros, el paisaje. Con un vago presentimiento de lo que sería el Aysén, pensábamos que allá podríamos, cuando menos, ganarnos la vida descubriendo algún mineral o montando una oficina jurídica, a la que ingresaría yo en calidad de agente provocador de querellas.

Neut propone un negocio deshonesto.

Gabriel protesta en nombre de la Sociedad de Instrucción Primaria . . .

La segunda noche dormimos en Osorno, en un hotelito frente a la Estación. Los diarios fijan una pizarra anunciando la muerte de don Emiliano Figueroa y de Manuel Torres Boonen, pariente político de Justiniano Sotomayor. Esto nos entristece.

El hotelero, un vasco simpatiquísimo, ocurrente y bonachón, nos reconforta con el calor de esa hospitalidad limpia y humilde que rebosan las novelas de Baroja y de Azorín. Después de comida el fondista coge la guitarra y canta aires de su tierra. Una moza entona canciones chilenas con bastante linda voz. Junto al brasero bebemos cerveza osornina. El cuarto luce profusión de retratos del dictador.

—Recuerdo de los agentes que alojaron acá cuando el Presidente vino a inaugurar la exposición ganadera—explica nuestro vasco.

Rendidos de cansancio, a las doce, nos vamos a dormir. Los cuatro agentes ocupan un dormitorio que cierra el nuestro: así se salva la responsabilidad. Hay que hacerse cargo, a los pobres hombres les va el pues-

to y viven bajo el régimen del terror, como la mayoría de los chilenos.

El alegre Thessada, a las seis, tocó diana. A las ocho, después de un desayuno suculento que nos brindó el vasco, partíamos a Puerto Montt. El campo estaba escarchado, luminoso.

Neut y Sotomayor acortan el itinerario con reflexiones optimistas. En lontananza despuntan los volcanes. Después aparece el lago Llanquihue, magnífico, deslumbrante.

Hacia el medio día divisamos la base aérea de "La Chamiza", y mar afuera, doblando la isla de Tenglo, un vapor de los que hacen la carrera al Aysén.

—Un desastre financiero — anota el camarada Amunátegui, recordando que tendremos que aguardar tres días hasta que zarpe el próximo vapor.

En el andén de la estación de Puerto Montt un grupo de vecinos viene a brindarnos su amistad: Zoilo Vargas, Alfredo Espinosa, Vicente Díaz, Santiago Ernst, Hugo Gándara.

Armando Romo, el Mayor Prefecto de Carabineros de la Provincia, muy gentil y caballeroso, cuida de que los agentes no exageren su celo funcionario y nos otorga las mayores facilidades compatibles con el de-

ber que le imponen las circunstancias. A los relegados esta actitud del Prefecto nos conmueve profundamente.

Alfredo Espinosa lleva su obsequiosidad a límites increíbles. La primera noche como con él, en su hogar. Tiene una linda familia. Por desgracia he debido ir con mi vigilante, y esto resulta incómodo.

En la Plaza de Puerto Montt, limpia y pequeña, con vista al mar, hay una estatua de Manuel Rodríguez. Yo pregunté por qué estaba colocado ahí el guerrillero y me dijeron que la Municipalidad pretendió poner en su lugar un busto de don Manuel Montt; pero que no tuvo dinero para arreglar cuentas con el fundidor, y más tarde, como éste vendiera el bronce, compraron ese de Manuel Rodríguez, barato.

—Había que aprovechar el pedestal—explicó un vecino.

En esta tierra hospitalaria el guerrillero ha sido más afortunado que en la capital, donde lo vimos peregrinando hasta en las Comisarías.

En Puerto Montt, como los amigos, al saber que uno va allá le encargan "cajoncitos" de ostras, pretendimos comer algunas. Pero fué inútil porque en

el puerto existen los viveros, que a uno le enseñan con el dedo, pero no los moluscos.

—Las ostras se comen en Santiago: en el Club de la Unión o en la Bahía. Acá se producen. Allá se comen.

La noche antes de embarcarnos, la Prefectura comunica a Gabriel Amunátegui que de orden del Gobierno queda residenciado en Puerto Montt. Gabriel se indigna sinceramente:

—¡Qué fracaso! Telegrafiaré protestando. No he pedido nada y no deseo deberle servicios a la dictadura. Quiero ir con ustedes hasta el final.

En reemplazo de Amunátegui llega Carlos Contreras Labarca, ex diputado comunista. Contreras residía en Santa Cruz. Lo traen en un carro de tercera clase, y durante el trayecto, la severidad del detective que lo vigila es tal, que no le permite conversar con su esposa, que lo acompaña hasta Puerto Montt, donde recién se le dice el sitio a que va a ser relegado su compañero.

Esta actitud no nos sorprende: José Alberto Echeverría, Pablo Grosser, el diputado Ramón Sepúlveda Leal, Luis Alamos y Alfonso Quintana hicieron el trayecto hasta Puerto Montt casi incomunicados. En

las estaciones tenían que bajar las celosías para que la gente no advirtiera su presencia. Grosser, la noche que permaneció en la Sección de Seguridad, en Valparaíso, sufrió un ataque gravísimo, y enfermo, casi moribundo, se le trasladó a Limache. Sepúlveda Leal hizo el mismo recorrido en el carro celular en que se conduce a los presidiarios. De Echeverría, el leader conservador, dijeron que era nada menos que el célebre "Chute" del mismo apellido, a fin de que sus compañeros de relegación lo mantuvieran en sitio aparte.

¡Idiotas!

El último día de permanencia en Puerto Montt sobreviene un temporal de agua y viento que hace presagiar una navegación detestable. Se nos previene que en el vapor hay que estar unidos, para evitar una mala jugada. Pero esto es injusto: nuestros acompañantes nos inspiran confianza y desde la partida no han hecho otra cosa que brindarnos atenciones y demostraciones de afecto.

Martes. Con nosotros no reza esa prohibición de viajar de que habla el adagio. Comemos de prisa en

un hotel vecino al muelle de embarque, y después tomamos el camino que nos señala el fletero.

La pizarra de la Gobernación Marítima anuncia el zarpe del "Santa Elena", que hace la carrera a Puerto Aysén por los canales, para las ocho, y son las siete y media.

Como todas las despedidas inesperadas, ésta nos resultó infinitamente fastidiosa. Algunos compañeros bondadosos fueron con nosotros hasta el muelle, y nadie más.

El vaporcito, con sus luces encendidas inquietas, nos aguarda impaciente. Más que una embarcación posible de habitar los cuatro días que nos separan del lugar de nuestro confinamiento, el "Santa", como lo llaman los lancheros un poco pretenciosamente para imitar la manera de mencionar a los barcos que van a Nueva York, da la impresión de uno de esos pailebotes que vimos surcar las aguas del Maule, de muchachos.

Ochenta toneladas, apenas...

Pero nos tranquilizan con el elogio de sus condiciones marineras, diciéndonos que corre bajo el agua.

—¡Adiós! ¡Buen via . . . jee!

Las gafas de Gabriel Amunátegui, que se ha quedado en tierra, fosforecen en la semi obscuridad.

Con las primeras paletadas que dan los remeros al desatracar, las voces amigas se quiebran en la noche. Un confuso aletear de manos y pañuelos aquíétase en el muelle a medida que avanzamos, rumbo al barquichuelo, cuya sirena anuncia la partida. Dentro del bote, pesado, lento, los hombres, alumbrándonos con el resplandor de los cigarrillos, nos miramos las caras con curiosidad de desconocidos a quienes reúne el azar. Pero ninguno, ninguno nos recuerda nada. Son viajeros oscuros, humildes viajeros que van a compartir con nosotros unas horas de su vida, y nada más.

Los cabrestantes de a bordo trabajan afanosamente, alzando fardos y animales que patalean, empavorecidos, en el aire. Se oyen voces de mando, gritos en jerga marinera, exclamaciones apremiantes. Por la chimenea, entre los hedores de aceite tibio que exhalan las máquinas, se desparrama una lluvia de chispas multicolores, producto de la leña en combustión.

Entre las luces de cubierta, cruzan hombres arrebu-
jados en gruesos ponchos de castilla.

A bordo de este barco diminuto y descolorido no se advierte la presencia de ninguna mujer que humanice la jornada. ¿Será que las atemoriza las condiciones marineras de que tanto nos hablaron?

Un señor, tratante de ganado, hace una disertación algo fantástica del territorio hacia donde nos lleva el destino. Pero el intruso no consigue entusiasrnos con su palabrería tonta y se marcha en busca de confidentes a otro rincón.

Desde popa divísase la ciudad de Puerto Montt enjorada de luces que trepan hasta lo alto de los cerros entoldados de nubes. A popa, la isla Tenglo con sus altos árboles aflados como los mástiles de un barco inmóvil, cierra el paisaje.

El capitán del "Santa Elena", un chilote de rostro moreno impassible y anchas espaldas, camina nerviosamente, enfundado en su capote oscuro. Altas y relucientes botas de goma asordinan los pasos de este marinero taciturno que vivió su niñez aventurera a bordo de los barquichuelos que surcan los canales.

Consulta el reloj y desde el puente de mando da la orden de partida al timonel.

Un pitazo bronco se deshilacha en el silencio.

Desde la baranda de estribor contemplamos el naufragio de la última luz del puerto.

El cielo y el agua toman el color de lo desconocido.

Justiniano Sotomayor sufre una crisis hipocondríaca.

—¡Qué roto más perro este Ibáñez! ¡A quién se le ocurre mandarlo a uno a morir a este infierno! No hay derecho—suspira.

Un turco crónicamente antipático, parlanchín e intruso, interviene en la conversación:

—Caballero—dice con voz aflautada de invertido—no sa queje de su sorte. La Aysen e muy lindo, muy precioso. Cuando usted va allá, no se viene ma: se queda toda la vida.

Sotomayor da un brinco y en voz baja, dirigiéndose a nosotros, dice:

—No; yo no aguanto que vengan a elogiarnos el Aysén; este gringo me las va a pagar. Tenemos que vengarnos; yo los libraré del peligro turco.

Aparte del grupo, conversa con los agentes y un minuto después vuelve a nosotros, alegre.

—Amigo, ¿y usted qué piensa del Gobierno?—interpela.

El turco mantiene la reserva; quiere hablar, pero no se atreve. Justo Mayor lo incita, y el pobre acaba por dar un alarido:

—¡Viva la revolución social!

Oírlo el gordo Thessada y caer sobre el revoltoso, es todo uno. Lo interroga, anota su nombre. El infeliz comprende el peligro y se va a su camarote, donde viaja con un muchacho que va a Puerto Aysén como jefe del Gabinete de Identificaciones. Explica su situación; el chiquillo, que ignora la verdad, se alarma, y en esta situación, el agente Valencia, un gigantón con cara de pocos amigos, va a la cabina y golpea con todas las fuerzas de sus puños.

—¿Usted es don Fulano?

—Sí, señor. ¿Qué hay?

—Vea la placa. Usted ha denigrado al Gobierno. Es comunista; predica la revolución social. Esto no puede ser: queda estrictamente comunicado. ¿Me entiende? Desde este momento no puede hablar con nadie ni moverse. En Castro lo pondré a disposición de los Carabineros.

—¡Mi jefe, por Dios!—interviene el de Identifica-

ciones—yo le he dicho al paisano que no se meta y ya ve. Pero no me denuncie a mí. Me quitarían el puesto.

El pobre turco, con lágrimas en los ojos, exclama:

—¡Y qué van a decir mis paisanos, señor! Yo que nunca habla de política. Lo caballero tienen la culpa.

—A mí no me importa nada. Usted gritó viva la revolución social y basta — interrumpe el impecable Valencia, con severidad espectacular.

El pobre turco da un grito. La puerta se cierra. Justiniano suelta la carcajada.

—Este cabro—dice Neut—es un fregado.

En alta mar, la conversación gira ahora en torno a la Tercera Internacional. Contreras Labarca habla como un apóstol. Neut declara que los de la Tercera son todos unos bestias. Contreritas se indigna.

Los pasajeros de tercera clase matan las horas cantando.

Abajo, mirando por la ventanilla de ventilación, se divisa un grupo turbio y apretado que llena los pasillos. El humo de los cigarrillos prende una maraña gris entre las bombillas eléctricas.

En el pequeño comedor de cámara, donde nos re-

fugiamos los noctámbulos, un italiano aventurero pide una botella de vino y brinda por nosotros.

—¿Lindo, verdad?—dice a cada sorbo de aquel vinillo agrio y áspero que apuramos de mala gana.

De capitán de huelguistas en el territorio de Santa Cruz, el hombre ascendió a propietario de vastas tierras.

Locuaz, dicharachero, quiere llevarnos a su casa. Su casa, en la que ha instalado una pulpería y cantina, está en la isla de Trunque o Tranque, no entiendo bien.

—¿No conoce Leitepo?

Entre copa y copa nos enteramos de que Leitepo es un puerto de su propiedad, un puerto leñero donde él ha amasado la fortunita que presta a su semblante la rubicundez del hombre plenamente feliz.

—Mi señora e la directora de la Escuela—dice, desbordante de vanidad, el desertor capitán de huelguistas.

A media noche, por unanimidad, se acuerda dejar al turco en libre plática. El fiero Valencia cumple la orden.

El vapor, por desgracia, hace un itinerario que no nos permitirá visitar a los amigos relegados que están

en Chonchi, Quellón, Calbuco. No veremos a Ambrosio Montt Rivas, a Ernesto Velasco, Marcial Mora, Armando Maza, Larraín Neil, Grove.

A las dos de la madrugada tocamos en una caleta. Ha comenzado a llover con fuerza. Nos rinde el sueño.

El italiano de Leitepo y un gallego que trabaja en el comercio de frutos del país, se quedan junto a la mesa bebiendo el vino evocador, mientras afuera el mar y el viento aullan sin cesar.

En Castro, el turco abre recién su camarote, y sin mirar a nadie, esquivando la presencia de los pasajeros, se desliza a todo correr y de un salto, por el portalón de escotilla, se echa al bote que ha de llevarlo a tierra. Parece un muerto: pálido, desencajado.

Después suben las autoridades: un gordo que oficia de periodista y de capitán de puerto, el médico. Hay mar gruesa, viento.

La ciudad parece una mancha gris prendida en los cerros.

Belisario Troncoso—el gran Silabario—desafiando el temporal, viene a bordo para recoger noticias.

Silabario, desterrado está escribiendo un libro, "Placeres e Inquietudes de la Dictadura". Con su risa de tritón humorístico, con su estatura, sus botas, sus chuletas, su pipa humeante que parece una reliquia, preside, domina el temporal.

Belisario es irreductible, inmovible. Cuando el proceso por la sedición de Concepción, el Fiscal lo interrogó acerca de si era verdad que él hubiese declarado que con ochenta hombres pensaba tomarse el Palacio de la Moneda.

—Calumnia, una vil calumnia—protestó Silabario—yo declaré que con treinta individuos me tomaba la Moneda.

Cuando se aleja en el bote, el gran Belisario parece un faro destellante de felicidad. En medio del tumulto, lo oímos gritar: "Abajo la dictadura".

Hacia el medio día, después de renovado el pasaje, zarpamos.

El paisaje de los canales sobrecoge, impresiona, aturde la imaginación.

Navegamos a media máquina. A babor y estribor, altos cerros de vegetación enmarañada y flancos on-

dulantes se cruzan ante nosotros, cortando la perspectiva.

Desde la barandilla de popa contemplamos, abismados, las notas de color que se suceden como mágico desfile bajo los penachos de nubes.

Los hombres se han ido a hablar de negocios al comedorcillo. Uno de los nuestros, observando el revoloteo de las aves marinas, recuerda a Baudelaire:

La gente marinera, con crueldad salvaje,
suele cazar albatros, grandes aves marinas
que siguen a los barcos, compañeras de viaje,
blanqueando en los aires como blancas neblinas.

En los claros de la montaña, pequeños grupos de casas avanzan hacia la playa o trepan en actitudes gimnásticas desde el borde de los acantilados.

Cada tres habitaciones, la torre de una iglesia yergue su afilada silueta mirando hacia el cielo. Estas iglesias sin cura, están entregadas al cuidado piadoso de los comarcanos. Hacia el fondo, las cruces de los cementerios abren sus brazos albos y diminutos.

El mar, punteado por la lluvia que vemos avanzar entre los claros de sol, se distiende sereno entre los dos altos muros montañoses. Mirando hacia el horizonte,

desde la proa, surgen islotes poblados de aves marinas.

Por momentos sale el sol. Los tonos alborozantes del arco iris prenden su cola entre los árboles.

De media en media hora, el vapor recalca en alguna caleta de nombre indígena, en un puertecillo miserable. Los chilotes que suben del compartimento de tercera clase, saltan a la chalupa cargando la guitarra, rumas de pescado seco, baúles.

Es gente aventurera—como los maulinos y habitantes de Copiapó—que regresa al hogar después de hacer su faena mercenaria en los campos del norte. Alegres, fortachos, ágiles, abandonan el barco que los trajo y en el que emigrarán cuando los muerda la inquietud y el afán de ganar dinero.

La dispersión del paisaje se repite en forma pintoresca. Como los mayores de esas viejas diligencias de que hablan los libros antiguos, el capitán los despide familiarmente desde lo alto de la escala; desde ahí hace sus encargos, envía saludos y después se va.

Una chica bastante hermosa viene a reclamar la victrola que envió a componer a un taller de Puerto Montt. Cuando salta al bote, sus vestidos claros se

arremolinan graciosamente. En pago, deja un canasto repleto de ostras.

—Son pequeñas, pero no hallé más que traerle —protesta con el tonito cantarín de la gente sureña, hundiendo los remos en el agua con increíble energía.

El “Santa Elena” navega con paternal lentitud.

Y el paisaje, con el crepúsculo, adquiere formas monstruosas.

Por la noche recorreremos las chorerías. Es un paseo lento en el que el barco, como el abuelito condescendiente, juega al pillarse con los chicos.

Al bronco aullido de la sirena, los botes de los buzos atracan al portalón, recogen la correspondencia y cargan enormes sacos de marisco.

Desde la cabina escuchamos los pitazos de anuncio y el incesante golpetear de las tuninas que curiosan alrededor del vapor, atraídas por el reflejo de las luces.

Alguien ha dicho que las tuninas presiajan el temporal. Ya veremos.

Llueve torrencialmente. Una chalupa, que condu-

ce una mujer, amarra al pie de la escala. Trae a proa un candil protegido con papeles de color. Descalza, fuerte, la hembra observa a los pasajeros con sus negros ojillos curiosos, mientras el marido, un indio quiscudo y taciturno, busca la oficina del contador.

El pobre diablo ha traído una carta. Por la piel bronceína del cuello escúrrese el agua en goterones escalofriantes. Su tórax desnudo palpita en un jadeo fatigoso.

—Sin que ponga el sello no puede ir—advierte el encargado de la correspondencia, leyendo en el sobre unas letras bastas, manchadas con las correaduras de la tinta.

El indio alza los brazos, desolado. Protestamos.

—Qué sabe él de franqueo.

Cuando todo queda en orden, el mocetón, que con tanto sacrificio ha ido a cumplir un deber de civilizado, nos dispensa una sonrisa de simpatía, escurriéndose escalera abajo.

El candil de la embarcación brilla como una estrella náufraga entre las cresposidades del mar. Luego se pierde en la lejanía y nosotros reanudamos la marcha.

En Leitepo el barco hace leña.

El italiano parlachín ha venido a sacarnos del camarote y nos enseña su casa de ricacho previsor, su muelle, la pulpería, y lejos, lejos, las posesiones de los inquilinos que trabajan a sus órdenes.

Unos carritos de madera que se deslizan sobre rieles del mismo material, traen el combustible hasta los lanchones.

Como en el resto de la región, las mujeres realizan la parte más pesada de la faena.

Morenas, rollizas, exuberantes, sufridas, ríen enseñando unos dientes muy blancos y sanotes a flor de la boca carnosa.

Los hombres, con aire perezoso, en actitud contemplativa, fuman en el muelle, controlando la contabilidad del carguío con fastidiosa minuciosidad.

—Uno, dos.

El 21 de mayo, sin salvas, sin desfiles de boy-scouts, sin discursos, pasó inadvertido.

En Puerto Elvira, donde anclamos para acechar la marea favorable, cuatro pescadores abandonados por el patrón, reclaman auxilio del capitán.

Famélicos, silenciosos, ateridos, arrojan sus arreos, sus armas y cachivaches por el portalón de escotilla.

Casi no pueden tenerse en pie. El que hace de jefe, un copiapino vagabundo, crecido el cabello, alto, flaco, cuenta su aventura: Ocho días sin comer, perdidos en la soledad, luchando fieramente con las inclemencias del tiempo, con las bravezas del mar. Han descubierto una guarida de gatos marinos, animal de piel codiciada, cuyo costo alcanza a noventa, a cien pesos. Pero . . .

—Al patrón lo agarró un mal de cabeza ¡y quién sabe!—explica el hombre, buceando con sus ojitos medrosos el agua profunda que tantas vida oculta en su seno.

En la puerta que comunica con el departamento de máquinas, buscando el calor que sube en volcanadas desde las calderas, apuran un plato de sopa caliente y fuman en silencio.

Nosotros nos vamos a dormir. Mañana, de alba, recalamos en el Puerto.

VIII

Cruzamos la barra con noche, aprovechando la alta marea. A las seis, un toque de sirena, breve, nervioso, despertó al pasaje.

—¿Qué hay?

—¡Estamos anclando! ¡Arriba, señores!—grita el teniente Thessada.

Los cuatro viajeros que ocupábamos una cabina estrecha para dos personas, empezamos a vestirnos lentamente, a tropezones.

Para qué darse prisa.

En el puerto no nos aguardaba nada, como no fueran la soledad y el tedio, con los cuales habría que medirse valientemente hora a hora, Dios sabe cómo y hasta cuándo.

Mirando por el ventanillo del camarote, divisábanse

unas siluetas bastas y oscuras como jirones de noche que pasaban cortando las luces del barquichuelo, inmóvil entre las jarcias, junto al muelle.

A las seis y medio, escuchamos el pitazo de recepción y casi en seguida la orden de desembarque.

¡Qué fastidio!

Cuando uno sale de improviso a la cubierta, experimenta una sensación angustiosa, horrible. A derecha e izquierda, hacia el frente, por todas partes surgen las altas paredes de las montañas. El río y el barco parecen los prisioneros de esos fantasmas azules que tronchan la perspectiva, irguiendo sus albas testas en el vacío penumbroso de la alborada.

Perdidos en medio de ese anillo estrecho, fuerte, aplanador, nos sentimos los condenados de una cárcel inaccesible a la evasión y a la piedad humana.

—¿Qué tal?

—Un espanto.

Pronto estaremos solos. Y entonces habrá que contemplar noche y día esos monstruos eternamente inmóviles que cierran el paso a los viajeros, mientras

arriba la cabellera cana exalta un sueño de libertad, jugueteando con las nubes que se balancean como grupas de hembra en celo.

Tenemos un día heladísimo, pero brillante de luz. Los contrafuertes que amurallan el poblacho depositan su actitud hostil cuando el sol proyecta su luz frígida en la cima nevada.

Unos carabineros de poncho y sable descomunal, nos observan con cara recelosa desde el muelle.

Con el Gobernador Marítimo llegan los agentes de la Prefectura de Aysén a recibirnos, y, con ellos, las demás autoridades inician su labor escrutadora. Mantas de castilla, botas, sombreros de anchas alas y rostros amoratados por el hielo matinal ponen una nota de rigidez cuartelaria en el ambiente.

Algo aturdidos caminamos en dirección al pueblo, que luce las banderas rezagadas de ese 21 de mayo vivido en alta mar.

En partes caminando sobre altas planchadas de madera, en partes salvando charcos cenagosos, recorremos el pueblo con sus calles en trazo y sus ralos y frágiles edificios.

En Carabineros se nos ofrece frugal desayuno. Luego viene la presentación y el relevo de vigilancia. Nuestros acompañantes deben regresar en el mismo vapor, que zarpa a medio día.

Ahora dependemos de la policía del Puerto, donde hay que presentarse diariamente a firmar un libro de presencia. Bien.

Echamos a caminar. Estas casas de tabla que por la parte de atrás caen indefensas a un sitio donde pasta el ganado, estos almacenes atestados de artículos heterogéneos, los hotelitos y los hombres que, andando en grupos, con paso desorientado, lucen, como los conquistadores de un mundo nuevo, peregrinas indumentarias, dan la impresión de un conjunto de cosas de quitar y poner.

Al medio día, solos, los cuatro viajeros vamos en busca de un rincón dónde reposar este cansancio de prestidigitadores del tiempo que nos abrumba.

Hace hambre, y luego no hay nada que ver.

Por la tarde, repentinamente, se descargó el aguacero.

El dueño del hotel, un chileno, hijo de padres ale-

manes, nos confirma la idea que teníamos del pueblo.

—Esto es aburrido y embrutecedor; en tres años que estoy acá perdí a mi esposa y olvidé el alemán. Cuando pueda, realizaré el negocio y jadiós!

A las cuatro y medio hubo que encender las lámparas a bencina con que los pobladores reemplazan el alumbrado. Los transeuntes van por la calle premunidos de linterna, con las que lo enfocan a uno cuando pasa.

Luis Alamos, José Alberto Echeverría, Víctor Hoyos, Alfonso Quintana, Magallanes Díaz Triviña—la élite entre los relegados—nos acompañan constantemente. Cuando nos quedamos solos, los recién llegados, con Ramón Sepúlveda Leal y Pablo Grosser, vamos a la mesa, y después de comer, don Carlos Klein, el hotelero, nos invita a la cocina, donde nos encerramos a tomar mate amargo y dulces de masa junto al fuego.

En esta tierra de gitanería, abunda un tipo de criollo argentinizado que baja del interior con bombacha, boina vasca y habla cantarina.

El churrasco y el mate son hábito en el Territorio. A la puerta de cada rancho hay dispuestos un mate y yerba para los viandantes.

Los chilotes, cuando la trasquila, suben a pie, recorriendo distancias inverosímiles con sus pilchas al hombro. Para matar el hambre, carnean el ganado ajeno y seban su mate donde cae.

En los hotelitos del Puerto hay siempre un departamento de segunda clase para los camineros y gente campesina.

Ahí suelen embriagarse, pero siempre en forma cortés, silenciosa. Hablando de la caponada, del laboreo fatigoso e ingrato, beben y fuman hasta quedarse sin un centavo.

El bar de segunda hiede a tabaco negro, a aguardiente y a ropa y cuero mojados. Dentro de él, uno pierde la noción de chilenidad y hasta parece que estuviera viviendo una página de Horacio Quiroga, el cuentista de los obrajes del litoral argentino.

Se anuncia una nueva remesa de deportados. Entre los posibles, se dan los nombres de Lucho Gutiérrez Allende y Santiago Wilson.

—Los recibiremos—dice José Alberto Echeverría, alzando sus brazos de predicador mundano.

Echeverría es el más resignado del grupo: ha resuelto no volver a Santiago hasta cuando no caiga la dictadura. Con Alamos y Sotomayor preparan una fuga a la Argentina. Grosser, más modesto, quiere tomarse la Prefectura y la Intendencia con una pistola del doce que se consiguió por ahí. Sepúlveda Leal lo disuade:

—Pablo, no seas loco; nos pillan y aquí no más termina la fiesta.

Hoy contamos doce días de incesante llover.

Al calor de la salamandra leemos el "Fouché" de Zweig y un poutpurri de versos malos que nos dieran en el camino.

No se puede ir a ningún sitio, ni dan deseos de hacer nada.

Los relegados formamos una colonia numerosa. Al comienzo, éramos diez; pero pasan los días y en cada vapor llega un grupo a engrosar las filas. El "Coyhai-

que", que es entre los barcos el niño mimado de autoridades y viajeros, trajo veintitrés relegados, entre ellos al ex sub-Prefecto de Policía don Manuel Chacón, que se viene con nosotros al mismo hotel, y una mujer: la Isabel Díaz, comunista como casi todos los que la acompañan.

Entre los confinados, reconozco a mi ex compañero de oficina Humberto Mendoza Bañados, muchacho estudioso, culto, activo. Ha enflaquecido, pero su espíritu no decae, a pesar de los dos años de persecución que ha debido sufrir.

El viaje de esta gente fué penosísimo. Con excepción de Chacón, vinieron en el departamento de tercera clase, al cuidado de los carabineros de la Sub-Prefectura del Tránsito de Santiago que envió el Gobierno para reforzar la dotación de Aysén, que alcanza a más o menos 200 hombres. Entre ellos, algunos fueron nuestros carceleros, cuando estuvimos detenidos por el proceso del Maipo.

—¿Hay novedad, mi cabo?

—La de siempre: el miedo. La gente está tranquila, y ya ve: boches a cada minuto.

Los recién llegados tiritan de frío. Muchos son de Valparaíso, algunos de Santiago. Nadie sabe por qué

vinieron, como nosotros: se les aprehendió sorpresivamente y sin darles tiempo para nada, al Aysén, y que la pobre familia soporte miserias.

La impresión general es que el Gobierno se bate en retirada, que está dando palos de ciego.

La banda de Carabineros ataca una marcha briosa, y los relegados, de a dos en dos, abandonan el muelle escoltados por la tropa que los conduce a la Comisaría para recibir órdenes.

Es de noche... dan deseos de echarse a llorar de indignación.

El decanato lo tienen Araya, el ñato Salas y la Humilde Figueroa, que es madre y hermana de sus camaradas de lucha. Salas no se cansa de predicar la revolución a base de las fuerzas "efetivas". Desprecia a los intelectuales en forma absoluta y parece un hombre intranquilo, lleno de entusiasmo, resuelto.

Con el apacible gordo Jaiva camina Juan Ibarra, preocupado, silencioso. Ibarra es hombre maduro, de grandes mostachos, cara morena y cabellera hirsuta como una noche tempestuosa. Profesa el naturismo, y

el pobre anda siempre resentido de salud. Cuando llegó al Puerto, sentía un vago malestar localizado en el cerebro; pero con tratamiento, logró bajarlo al estómago en forma de desintería aguda.

Magallanes Díaz Triviño, que desempeña las funciones de médico, sin competidor, prescribió las inyecciones de Emetina.

—¿Emetina? Ustedes quieren asesinarme, camaradas—vociferó Ibarra.—Si esto continúa, pediré alojamiento en la Comisaría.

El menú de Juan Ibarra—bastante difícil de confeccionar en esta tierra carnívora—consta de tres grupos principales, a saber: los energéticos, los calóricos y los laxantes, que a su turno se descomponen en otros derivados.

Ahumada Pintados, el gordo optimista, logra establecerse con una peluquería, y otros dos obreros, con el capital que les proporciona un español vendedor de cueros, instalan un taller de zapatería, adquirido al lance merced a la decepción amorosa de un colega de la localidad.

Benjamín Rojas, oriundo de Valparaíso, abre una sastrería en comunidad con un remendón ayseniano.

A la hora de firmar el libro de presencia, en la Comisaría, con Arratia—el noble viejo Arratia—, Bascuñán y Díaz Triviño organizamos, si el tiempo lo permite, algún paseo a lo largo de ese camino que presume de vía internacional y que José Alberto Echeverría y Justiniano Sotomayor utilizan con miras har- to poco diplomáticas en menesteres que no detallaré. Los primeros hacen recuerdo de sus días de Más Afuera, y traen a colación la viril actitud del poeta Roberto Meza Fuentes.

A Bascuñán lo preocupa la organización del Ministerio de Venganza Nacional, destinado al juzgamiento de los pícaros que acompañaron al dictador. Cada día agrega un inciso nuevo, inventa alguna reforma.

Y quién sabe si en el fondo no tenga su poco de razón: esta gente ha sufrido lo indecible, años y años.

“A las diez, en la oficina de mi Prefecto”.

Fuimos puntuales. Bajo la lluvia estrepitosa, transcurrió una hora. A las 11½, recién pasamos a la sala donde el señor Prefecto nos aguardaba fumando

un grueso cigarro puro. Al comienzo éste se manifestó algo terco; pero fué humanizándose poco a poco, y al fin, acabamos entendiéndonos como buenos amigos. Don Onofre Parra es un hombre sencillo, asequible y bondadoso.

—No sé por qué han venido ustedes. Le he escrito varias cartas a mi General Ibáñez, solicitándole que no me mande relegados, y en el caso particular de ustedes, hoy no más despaché una comunicación pidiendo los antecedentes de cada uno porque, vamos a ver, ¿quiénes son ustedes, qué falta cometieron?

En un aparte, Sotomayor dice que las cartas del Prefecto deben parecerse a las que los niños envían a Santa Claus en vísperas de Navidad, pidiéndoles una bicicleta, un tren o un traje de soldado.

Jorge Neut toma la palabra y manifiesta que tan enterados como el señor Prefecto estamos nosotros respecto al móvil de la deportación.

—Seguramente, estando bebidos, ustedes han hablado mal de mi General; el caso es bastante frecuente. Entre mis oficiales hay uno a quien le ocurrió eso.

Carlos Contreras protesta a nombre de la Tercera Internacional.

—Somos abstenios, señor Comandante.

Pero mi Mayor no va más allá en sus observaciones y pasa a ocuparse de algo que debe tenerlo preocupado.

—Ustedes tendrán que escribirme (una autobiografía, ciñéndose a las preguntas consignadas en el formulario que les dará el Ayudante. Me interesa saber si saben nadar, si practican los deportes, si tienen ideas políticas y de qué índole, y por si ocurriese alguna desgracia, dénme el domicilio de la familia para comunicársela oportunamente. Yo estoy dispuesto a ayudarlos. No me gusta que la gente sufra, ni menos tolero las arbitrariedades. Soy padre de familia como muchos de ustedes y procuraré que cuanto antes regresen al hogar.

Después, el buen Mayor nos cuenta mil anécdotas a propósito de un viaje que realizó al interior del territorio:

—Me encontré frente a un león, una noche. El animal rondó la carpa, y yo, enfocándole una linterna, lo ahuyenté. En seguida acampamos a la orilla de un lago encantador; ahí pude observar que el agua hace tres olas grandes y luego tres olas chicas. Nos avistamos con unos indios casi desnudos que no ha-

blaban castellano . . . Ahora estoy redactando un informe que enviaré al señor Intendente y a mi General Ibáñez, para que conozcan en detalle el fruto de mis observaciones.

Al tiempo de retirarnos, el señor Mayor nos ofrece los servicios de cierto establecimiento o casa de huéspedes que funciona en los afueras del pueblo.

—Personalmente me interesé en la traída de las niñas; visítenlas sin temor y si notan que se cometen abusos, reclamen.

Lo dicho: mi Prefecto es un magnífico hombre: bondadoso, servicial, campechano.

Después que al Prefecto, por iniciativa personal, visité al señor Intendente. Me dijeron que había que tratarlo de "mi Coronel", y así lo hice.

—Buenas tardes, mi Coronel. Venía . . .

—Usted es relegado, ¿no? En mi territorio no quiero relegados. Si ustedes no trabajan, si no se interesan por la suerte de esta importante región, si me andan formando grupos en las esquinas o hablan de política, inmediatamente ordeno la traslación al interior, ¿entendido?—continuó la primera autoridad, con un tono de voz frío y desapacible.

El problema, en sí, era complicado. Mi Coronel Marchant no quería relegados, pero mi General dispuso que lo fuéramos, muy contra nuestra voluntad, por cierto.

Con las mejores palabras del mundo le signifiqué, habida consideración que aún no se había verificado el levantamiento de la escuadra, que "donde manda capitán no manda marinero". Pero don Luis no quiso entender razones y me despachó con viento fresco.

Don Chindo Vera es un hombre exuberante, optimista como pocos, trabajador. Ha ganado porción de dinero y lo ha perdido después, sin chistar. En la época en que se cambiaba el nacional argentino por peso chileno, hizo una fortuna que malbarató en seguida, por exceso de imaginación, en negocios más o menos aventurados.

Don Chindo tiene del significado de las palabras una idea un poco confusa. Así, por ejemplo, en un banquete, se refirió al momento "prepuicio" porque atravesaba el territorio, del mismo modo que un carabinero, al ofrecer no sé qué manifestación, dijo el "infrasquito alza su copa"...

Pero esto carece de importancia. Don Chindo es dispendioso, alegre y grande amigo de la fiesta. Ha montado un hotel que administra su señora. Ahí la gente está como en su casa: buen vino, buena comida, lecho limpio; ¡lo reúne todo el establecimiento de don Chindo!

Yo asistí al beneficio de un lechón, y después a un churrasco generosamente regado y servido por don Chindo en persona.

A las cinco de la tarde nos reunimos en el saloncito que ha dispuesto don Chindo para sus huéspedes relegados, unos diez compañeros que juegan a la brisca, al ajedrez, a las damas y discuten de leyes y de problemas sociales como en una sinagoga.

—Estudien no más y lo que no entiendan del Código me lo consultan a mí—exclama don Chindo, con su cachaza habitual.

Con un farolito en la mano, este don Chindo habría podido reemplazar la estatua de la libertad. Siempre que lo veo se me ocurre un don Fausto mirado con lupa, y su señora, una doña Crisanta, vista con los cristales que empequeñecen en los anteojos de teatro.

Esta mañana, pasando frente al cuartel de policía, divisamos a un infeliz que enseñaba sobre el pecho una pizarra donde se leía la palabra "ladrón", escrita con caracteres muy gruesos.

El hombre, con las manos atadas con esposas por detrás de la espalda, no podía defenderse del aguacero que caía con violencia, ni esquivar la mirada de los transeuntes.

¿Es que existe la pena infamante aplicada así o es que la ley desaparece en ciertas latitudes?

Nos indignamos inútilmente. Al desgraciado había que darlo a conocer. Eso era todo.

No he podido enterarme por qué los comunistas atacan a Sepúlveda Leal, ni por qué Sepúlveda Leal está relegado. Ramón es un hombre astuto; tiene sus ambiciones políticas y demuestra poseer un inmenso afán de perfección espiritual.

Alrededor de él suelen tramarse pequeñas emboscadas de orden ideológico. Ramón se defiende y vence.

No sé si políticamente haya podido cometer erro-

res. Es posible que sí. Pero como hombre, en el trato diario, en el trato íntimo, da la sensación de la persona sin careta que experimenta un placer en enseñarse como lo hizo la vida: humilde, tenaz, laborioso, buen padre de familia; un perfecto hijo de sus obras, un luchador bien construído que aspira a sobrevivir.

En el bar del "Español" los hombres prominentes juegan al "bidú", utilizando un cubilete con cuatro cartas y unos granos de cualquier cereal.

A mí, Víctor Hoyos, Hoyitos, el terrible revolucionario, que anda tramando el hurto de la clave de la Intendencia, quiso iniciarme en los misterios del juego; pero me pareció demasiado complicado y largo para darse el trabajo de aprenderlo.

Como en este Puerto de Dios hay mucha gente aburrido, el "bidú", que se inventó exprofeso para engañar el tiempo, tiene muchos admiradores apasionados: Hoyitos, el dentista revolucionario del motín de Concepción, entre otros.

—El caballero de la radio quiere hablar urgentemente con usted, don Justiniano—viene a decir don Carlos, el dueño del “Bellavista”, al compañero Sotomayor.

—Que espere; estoy comiendo—responde éste, dándose importancia.

—El señor Alarcón ha dicho que no importa: el caso es grave y desea verlo en seguida.

Justo no ocultó sus temores, ni menos cuando esa misma tarde se había hablado de que la estación inalámbrica estaba recibieron gran número de despachos en clave dirigidos a las autoridades del Puerto. ¿Cambio de Gobierno, motín? El interpelado sale precipitadamente, mesándose los cabellos; después de un rato, desde el pasillo, llama a Pablo Grosser, que pocos días atrás nos manifestó la conveniencia de asaltar la Intendencia y la Prefectura de Carabineros. Sepúlveda Leal cambia una mirada recelosa con los que hemos quedado dentro. Transcurren cinco minutos. Pablo, muy emocionado y pálido, entra al comedor: despide al chico que nos sirve la mesa; pone llave a la puerta.

—Compañeros: estamos reventados. En Santiago estalló la revolución; parece que se tomaron la Mo-

neda, y nosotros seremos los rehenes de aquí en adelante. Cualquier cosa que sobrevenga allá repercutirá en los relegados. Ustedes me entienden, ¡pum... pum! O el fondeo—balbuce, asumiendo una actitud dramática.

—¡Al fin, me gusta!—exclama don Manuel Chacón, montando los lentes suspicaces en la punta de la nariz.

—Sí, me gusta—observa Pablo;—lo que es yo, lo único que les digo a ustedes es que esto no hay que repetírselo a nadie.

Sepúlveda Leal, de un brinco, se pone de pie:

—El compañero Grosser tiene toda la razón. Si los comunistas llegan a enterarse de que hay “rosca”, a mí me asesinan esta noche.

En medio de la mayor consternación, don Manuel se impone:

—Lo más acertado, a mi juicio, es que Pablo organice esta misma noche a los comunistas y con ellos se apodere de la Prefectura: un tiro al centinela basta. Después, con las armas de los pacos, caemos sobre la Intendencia, colocamos a Pablo en lugar de Marchant, y si no resulta la figura, las “echamos” para la Argentina, utilizando la caballada y las armas de los cara-

bineros. No nos ataja nadie dada la distancia, y, por último, con volar una puntita de cerro, se acabó: por el río no pasa ningún buque, ni siquiera una lancha.

Pablo Grosser no deja que Chacón termine de esbozar el plan, ni nada.

—Hagan ustedes lo que quieran—declara sin ambages;—lo que es yo, con mi compañero Sepúlveda Leal, no nos movemos a ninguna parte.

—Sí, compañero— asiente Ramón.— ¿Y usted, Sotomayor?

—Yo sigo a don Manuel donde vaya.

Y sin poder contenerse, lanza una carcajada sonora, trepidante.

Pablo y Ramón sorben su café, muy serios.

—Con mocosadas yo no juego — balbuce el rá-dico.

—Ustedes me han oído: al cabro éste no hay que hacerle caso—corea Sepúlveda.

Después bebemos una copa por la salud del benemérito General Ibáñez.

He aquí cómo se derrumbó el prestigio de una pistola antes de hacerla funcionar.

¡Qué Pablo!

En la sinagoga de don Chindo, que preside Lucho Alamos, a través de la bruma misteriosa de sus cejas; en esta sinagoga que decora José Alberto Echeverría, lanzando frases insidiosas, ha habido discusión con motivo de un sumario que ordenó instruir mi Coronel Intendente para perseguir la responsabilidad que afecta o puede afectar a los relegados que se permitieron cantar en la calle hace algunas noches.

José Alberto sostiene la legalidad a todo trance:

—No debe ir nadie a prestar declaración. Si se nos cita, contestamos por escrito diciendo que no aceptamos arbitrariedades de autoridades sin jurisdicción.

Mate Amargo (a), el noble y bondadoso Alfonso Quintana, se opone:

—Hay que concurrir a la citación o si no nos llevan preso y asunto terminado—dice, con su calma habitual, sesuda, imperturbable.

Yo no sé que haya nada más ridículo: un sumario, porque a un chismocito cualquiera se le ocurre irle al Intendente con la especie de que los relegados cantaban en la vía pública.

El pecaminoso José Alberto, esta vez se aparta de la teología para condenar la actitud del señor In-

tendente. Y con él solidarizamos todos. Hasta el propio Eduardo Figueroa, que por su calidad de funcionario adscrito a las actividades de la región; de funcionario no relegado, mantiene la neutralidad con perfecta discreción.

En este pueblo rudo no hay pájaros que alegren las alboradas, ni flores, ni casi mujeres, ni sociabilidad.

El paisaje resulta excesivo y aplastante; la fauna parece pobre, el río atrocemente helado y profundo.

Como escenario para filmar una cinta de aventuras cow-boyescas, no tiene precio. Pero para vivir con alguna ilusión, vale poco.

La gente no lee ni tiene la menor inquietud. Falta una iglesia, sobran los campeones del castraje a diente del ganado.

Al final de la población existe un burdel ordinario, en el que las mujeres se embriagan con brutalidad todas las noches, armando unas grescas que han solido terminar con el suicidio.

Daniel de la Vega fracasaría estrepitosamente en este Puerto fluvial, tan desprovisto de amores, de

candilejas, de organillos y de trenes como los que él pinta en sus acuarelas provincianas.

Dos veces por semana amarra un vapor. Es la fiesta del pueblo, la que alienta nuestras desesperanzas.

Cuando uno se queja de la precaria vida sentimental, la gente se burla de nosotros, pobres desadaptados.

Hartarse de carne y de vino, ir al burdel algunas noches, tener unas ovejas y caballos, he aquí el máximo de la aspiración.

Metido acá uno hace un papel ridículo.

Con un gorro de mujic, polainas de tirilla, pantalón de pana y su pipa inseparable bien sujeta entre los labios, Jorge Neut ha salido al trabajo. Aunque la palabra, por manoseada, haya perdido mucho del prestigio que tenía otrora, diré que Neut es un hombre dinámico; dinámico y pintoresco; un hombre adaptable; refractario al tedio. Un hombre que no se morirá de hambre, ni se dejará abatir por pequeñeces donde quiera que vaya.

Como acá las profesiones liberales sirven de poco, y todos, cual más cual menos, viven de las obras públicas, Neut se metió a obrero, y ahí lo tenemos cons-

truyendo la bóveda de cemento armado que servirá para contener el archivo de la Intendencia de este próspero y fabuloso territorio. Combatiente en la gran guerra, aprendió a construir trincheras y sabe algo de carpintería, de electricidad. Cuando llegamos, se fabricó los catres que utilizan ahora los camaradas comunistas. Antes, en el Perú, hacía avisos luminosos. Mañana, abriré los Códigos para dedicarse a ejercer su profesión de abogado.

Jorge Neut Latour, soldado en el frente belga; profesor en el Norte; preso en un barco de guerra, o deportado, es siempre el mismo: un espíritu valeroso, alegre; un gran espíritu.

Don Manuel Chacón no pierde jamás el contacto con la realidad. Parece, así a primera vista, un caballero algo frío, hosco, y, en verdad, lo que es, es un hombre resignado con su suerte; un hombre juicioso, que se echa las penas a la espalda o se las fuma despacito, sin que nadie se entere de ello.

Cuando llegó estaba convalesciente de un paratífus, y la bronquitis crónica que se gasta, lo incomodaba horriblemente. Pero él como si tal cosa. Enfermeda-

des, dinero, ¡bah! Quema un "fuñingue" y con eso pasa todo.

—¿Trae algún libro, don Manuel?

—Si quiere libros, acá tengo las novelas de Voltaire—dice.

Don Manuel, ya me lo explico, es un volteriano. Esta su serenidad y aparente indolencia, enfurecen a Pablo Grosser, que es como un niño romántico disfrazado de torre de combate para asustar a los demás chicos.

Pablo, quejumbroso, aprensivo, despacha diez a doce cartas diarias haciendo ver lo triste de su condición de relegado.

Don Manuel no puede concebir que una persona que mide un metro noventa y cinco de estatura pueda escribir tanta carta. Además, don Manuel duda de la inviolabilidad de la correspondencia y le asiste el temor de que Pablito deslice algunos nombres y hechos que puedan perjudicar a tercera persona.

—Pablo, no seas temerario. Maturana hace abrir toda la correspondencia. A mí, personalmente, no me importa nada: tú sabes que vengo resuelto a quedarme un año en estas tierras, un año como *mínimum*; pero tú no debe exponerte a que te dejen por

una lesura. Además, ¿a qué comprometes al pobre Octavio Señoret, a don Alberto Cabero? Yo te aseguro que a esta hora si no están detenidos, les pasa raspando. ¡Pobre Octavio!

Sentimental, taimado como un chico regalón, Pablo se sulfura. Una noche por poco no se produce un duelo entre Chacón y el rádico presidente de la asamblea porteña. Justiniano interviene y ahí mismo escribe un drama en un acto y con boche que comienza así:

El drama pasa en Aysén,
territorio que es muy frío.
Al fondo: casas y un río.
Los costados: no se ven.

Al centro un cuadro colgado
de Ibáñez el gran bribón,
con mucha decoración
como siempre está el malvado.

Personajes: ciento veinte
carabineros enviados
para cuidar desterrados.
Un Prefecto . . . Un Intendente.

Al levantarse el telón,
se verá un gordo escribiendo;
moja la pluma gimiendo
y lanza una exclamación:

—El frío de esta región
me ha entumido hasta la mano,
por culpa de ese villano
que es de Chile el dictador.

Frunce el ceño, y cejijunto
se dirige hacia un costado;
va a pasar por ese lado
y divisa al paco el punto.

Se detiene y reculando
exclama con frenesí:
—Cómo voy a hacer pipí
si el paco me está mirando.

El resto queda sometido a la censura. En todo caso, cuando se estrene, la crítica dirá el elogio del autor, que tan oportunamente impidió la comisión de un hecho doloroso y vituperable.

El periodista del pueblo, en perfecta concordancia con su periódico bi-semanal, es un hombre ampuloso, alto, gordo y vacío.

En la gacetilla que edita pone los nacimientos, los viajes, las fiestas que digan relación con las autoridades, y por ciento cincuenta pesos redacta artículos necrológicos alabando a cualquier pobre diablo.

Cuando se enteró de que yo tenía aficiones literarias, sufrió un ataque de risa formidable, negándose a saber nada del "competidor", con que malévolamente fui presentado.

El periodista local, ampuloso, gordo y vacío, se negó a ser mi amigo, y hasta creo que en el fondo me profesaba un desprecio grande y sincero.

Un hombre irreductible este don Lidio.

Frente a Aguas Muertas, cerrando el poblado, el cementerio, limpio y pulcro, con su puertecilla de pagoda y sus cuarteles de tierra rigurosamente numerados, más que la idea de la muerte, da un poco la sensación de un librito de contabilidad llevado con mucho orden y aseo.

Casi a la entrada del cementerio, en la parcela de un colono, se alza un coihue magnífico, un inmenso árbol doloroso, un árbol con expresión humana.

El tronco petrificado, recio y enorme, parece un símbolo del cansancio y la angustia que veló la pupila de los agonizantes en la hora final.

Muchas, muchas tardes compartimos la soledad meditativa en que yace el buen gigante de la selva.

Es un espectáculo y un poema este coihue desamparado y generoso que mira al cielo sin rencor, abriendo sus oscuros brazos con la serenidad de un vencido.

Don Liborio, el Gobernador Marítimo, es un evadido del molde ruín que oprime a la gitanería local.

El mar templó su espíritu y puso calor humano y comprensión generosa dentro del ánfora invisible.

Sin querer, yo supe de las transparencias de ese corazón leal y valeroso.

Y hasta me propuse escribir unas líneas acerca del hombre. Pero don Liborio lo supo y se indignó.

Este don Liborio Vera, que es un hombre antes que

nada, defiende su modestia, su ecuanimidad con entereza varonil.

Lo he recordado al trazar estos apuntes, porque don Liborio bien se merece un elogio, o cuando menos que haya la intención de decir alguna palabra amable en su honor y alabanza.

Dentro del ambiente numérico en que vivimos estos días de relegación, la libertad concluye para nosotros hacia el final del kilómetro cinco de la carretera que conduce al interior.

El frío intenso nos quita el sueño. Fumamos sin cesar, en pipa, cigarrillos. Una luna magnífica y el tiempo seco llenan la noche.

A las dos de la mañana abandonamos el recinto del Puerto. La tierra, luminosa de escarcha, cruje bajo el pie con un ruidecito desapacible como de cristal molido: "crac-crac".

Con la pipa bien cargada de tabaco oloroso, casi no sentimos los efectos del frío; de estos diez grados bajo cero que pinchan hasta los huesos y hielan la respiración.

Hay que ir en línea recta, por el camino. Un cielo terso y claro enreda sus estrellas en la nieve que fosforece en la cima de los montes.

Andando, andando, surgen panoramas extraños, rincones de belleza inverosímil.

Del bosque talado, como almas de desolación, asoman unos árboles negros, retorcidos, implorantes, pavorosos, espectrales.

En medio de esta soledad inhumana y viril, nos asedia el silencio; un silencio inamovible, pesado y total; un silencio contagioso y fascinador que lo absorbe todo.

Hablando con nosotros mismos de cosas que se pierden dentro de nosotros como la lejanía de un sueño, recorreremos la carretera hasta el límite que se nos señaló al venir al Puerto: el maldito kilómetro 5.

Por esa vía se va a Comodoro Rivadavia, la tierra del petróleo, del amor aventurero.

El vértigo del vagabundaje sin fin se apodera del espíritu. Camino adelante, la carretera sigue, sigue como víbora luminosa culebreando entre los espesos bosques implorantes.

Un horizonte de montañas encendidas limita la planicie.

Pero, ¿cómo definir el terror de lo bello, esta inquietud empavorecedora que aprieta la garganta, el corazón?

La cita de Maeterlink se nos viene al recuerdo: "Las palabras son tiempo; el silencio, eternidad".

Hoy, antes de terminar estos apuntes, organizamos la partida súbitamente.

Los carabineros a tiempo de tomar el barco, piden que les enseñe mi pasaporte.

—Soy chileno, viajo dentro del país, ¿por qué un pasaporte?

—Usted está castigado, y sin un salvo conducto, no puede embarcar.

¡Castigado! Olvidaba la circunstancia. Corro a la Prefectura y obtengo el documento.

Los muchachos se llegaron al muelle para despedir al desertor.

Han venido todos. Cantan la Internacional. Hay neblina, tiempo sucio.

Estas glosas humildes son para ellos, los buenos y

valerosos en la desesperanza, los nobles en la amistad.

En alta mar, aún resuenan las voces con que regalaron al viajero.

En el palo mayor aulla el viento. Después ya no se oye nada.

FIN